

5310

Lias

Horizontes del  
Cid.

A. Castro

A



BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA. — REGALO A SES SUBSCRITORES.

---

**LAS**  
**HAZAÑAS DEL CID**

COMEDIA FAMOSA

DE

D. GUILLEN DE CASTRO.

---

Editor: M. M. de Santa Ana,  
Director: A. Sánchez Muñoz.

---

1883

Imp. de La Correspondencia de España.

Madrid, Factor. 5.

1841

# THE HISTORY OF THE

REIGN OF

GEORGE THE THIRD

BY

JOHN BAKER

## ADVERTENCIA

---

Terminada ya la publicacion de la famosa comedia *Las Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro, creemos servir á nuestros favorecedores, dando á luz á continuacion *Las Hazañas del Cid*, del mismo autor, que puede conceptuarse como segunda parte de la anterior, y que atesora sin duda relevantes méritos literarios. Refiérese como aquella al período de la juventud de nuestro héroe, y trata principalmente del célebre cerco de Zamora por el Rey Don Sancho *el Fuerte*, en que el poeta sigue, por lo comun, el mismo rumbo que el *Romancero*, en el que amenüdo se inñspira y del que ha sacado íntegramente algunos romances. Inferior en estructura dramática á *Las Mocedades*, le aventaja, sin embargo, en el movimiento del diálogo, en riqueza de colorido y en las galas de la versificacion y del lenguaje, en cuya alabanza cuanto se diga es poco.

A. SANCHEZ MOGUEL.

---

## PERSONAJES.

---

EL REY DON FERNANDO.

EL REY DON ALONSO.

EL REY DON SANCHE.

UN CAPITAN SUYO.

RODRIGO DE VIVAR, el Cid.

D. DIEGO ORDONEZ DE LARA.

DOÑA URRACA.

PERANZULEZ.

ARIAS GONZALO.

D. GONZALO, D. DIEGO, D. RO-

DRIGO, D. PEDRO. D. ARIAS, hi-  
jo de Arias Gonzalo.

EL CONDE DON GARCIA.

EL CONDE DON NUÑO.

BELLIDO DE OLFOS.

ALMAINON, Rey de Toledo.

ZAIDA, mora,

*Soldados cristianos.*

*Soldados moros.*

*Acompañamiento.*

## JORNADA PRIMERA.

### ESCENA I.

#### Decoracion de campo.

Dicen dentro á voces, y salen el Rey DON SANCHO y un Capitan suyo.

DENTRO. ¡Santiago! ¡Santiago!  
¡Cierra España, cierra España!  
SANCHO. Acometa mi escuadron:  
¡ah vasallos! ¿qué es e panta?  
CAPITAN. ¿A dónde vas, Rey Don Sancho?  
SANCHO. A morir.  
CAPITAN. Espera, aguarda.

(Todo ocaído alarma, y vause el Rey y su Capitan, y salen Rodrigo de Bivar y Don Diego Ordoñez.)

CID. Tarde llegamos, Don Diego:  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
tan cruel como dicese  
comenzese la batalla.  
De nube le sirva al sol  
el polvo que se levante;  
todo es ya confusas voces,  
y todo atrevidas armas.  
Sant agol dicen todos,  
y todos España, Española  
Todo es valor español,  
y todo sangre cris lana:  
todo es sangre, todo es fuego;  
aquí mueren y allí matan:  
el pazo oprime á la tierra,  
y al cielo ofende la causa.  
Acometamos.

DIEGO.  
CID.

**DIEGO.** Muero por sacar la espada.

**CID.** Reconozcamos primero,  
y por la parte más flaca  
acometa nuestra gente.  
Mas de la hueste contraria  
de gente un tropel confuso.  
se sale de la batalla.  
¡Válgame Dios! preso llevan  
al Rey: Don Sancho es sin falta.

(Sale el Rey Don Sancho entre muchos soldados, como que le llevan preso, guardándole el decoro de Rey.)

**SOLD. 1.** Son sucesos de la guerra.

**SANCHO.** No es sino mengua de España.

**DIEGO.** El es, ¿qué esperas, Rodrigo?

**CID.** ¿Qué he esperar? muere ó mata.  
Rey Don Sancho, aquí está el Cid.

**DIEGO.** Y Diego Ordoñez de Lara.

**SOLD. 2.** ¿El Cid es?

**SOLD. 3.** ¿El Cid? huyamos.

**SOLD. 4.** El nombre solo bastaba.

(Huyen los soldados dejando libre al Rey.)

**SANCHO.** ¡Ah Don Rodrigo! ¡ah Don Diego!  
aun es mayor mi desgracia:  
mi gente va de vencida.

**CID.** Pues vuelve á vencer, ¿qué aguardas

**DIEGO.** ¿No te basta, no te sobra  
Cualquier de estas dos espadas  
para cobrar lo perdido?

**SANCHO.** ¡Santiago, cierra España!

(Entranse, y tocan dentro al arma, hacen ruido de piques, salen el Rey Don Alonso y un capitán suyo.)

**REY.** ¡Ah vasallos! ¡ah Leoneses!  
¡ahora el ánimo os falta!

**CAPIT.** ¿Dónde vas, Rey Don Alonso?

**REY.** A morir.

**CAPIT.** Espera, aguarda.

**REY.** El Cid ¿no es un hombre solo?  
¿Más su nombre es acobarda,



que mi desdicha os obliga!  
¡Santiago, tierra España!

(Entranse, y tocan otra vez al arma, y dicen dentro con D. Diego y el Cid, que salen acuchillando sus contrarios.)

**DIEGO.** ¡Victoria España, victoria  
por Don Sancho!

**CID.** Bravas alas

Tiene el miedo.

**OLD. 1.** Y brava fuerza  
el acero de tu espada.

(Salen el Rey D. Alonso y Peranzules, retirándose del Rey don Sancho y los suyos.)

**SANCHO** (Dentr.) Prended, matad á mi hermano,  
no se escape, no se vaya.

**REY.** Don Rodrigo de Vivar,  
don Diego Ordoñez de Lara,  
don Fernando vuestro Rey  
fué mi padre.

**CID.** Nuestras armas

no te ofenderán, señor,

**DIEGO.** Ponte en cobro, Dios te valga.

**PERANZ.** Allí te espera un caballo.

**REY.** ¡Ah vil fortuna voltaria!

(Vánse el Rey D. Alonso y Peranzules, y sale el Rey D. Sancho con muchos soldados de los suyos.)

**SANCHO.** ¡Por dónde fué? ¿qué se ha hecho?  
corred tras él, que se escapa.

**CID.** Si al enemigo que huye  
se hacen puente de plata,  
¿por qué á un hermano persigues?

Deteneos, gente arrojada:  
tu Majestad se reporte,  
porque no es malicia tanta  
digna de un cristiano pecho.

**SANCHO.** El corazon se me abrasa.  
No me enojés, Don Rodrigo,  
que como rémora paras  
mi furia.

**CID.** Señor, perdona;  
no has de pasar de esta raya.

¿Tu misma sangre persigues?  
 ¿Tu misma sangre derramas?  
 Vuelve y piadoso contempla  
 tu viejo padre en la cama  
 de sus hijos rodeado,  
 y rindiendo al cielo el alma;  
 y entrar entonces diciendo  
 la afligida doña Urraca,  
 tendido al pecho el cabello,  
 besada en llanto la cara:  
 Morir es queréis, mi padre;  
 ¿en qué á a el alma,  
 á San Miguel y Santiago  
 la tengais encomendada.  
 A don Sancho deis Castilla,  
 la Extremadura y Navarra:  
 á don Alonso á Leon,  
 y á don Garcia á Vizcaya:  
 y á mí, porque soy mujer,  
 me dejais desheredada,  
 siendo padre, vuestra hija,  
 siendo de Castilla Infanta,  
 ¡Habré de ir de tierra en tierra  
 como una mujer errada!  
 Allí respondiera el Rey  
 con ternísimas entrañas,  
 dando aljófara de los ojos  
 á la plata de las cejas:  
 Callede, hija, callede,  
 no digais tales palabras,  
 que la mujer que las dice  
 merecia ser quemada.  
 Que allá en Castilla la Vieja  
 un rincon se me olvidaba,  
 Zamora tiene por nombre,  
 Zamora es bien cercada;  
 quien es la quitare, hija,  
 la mi maldicion le caiga,  
 y al que de mi testamento  
 no obedaciere las mandas,  
 Todos dicen amen, amen!

pero tú, don Sancho, callas.  
Y apenas murió el buen Rey,  
cuando la mano levantas  
(Sin mirar que desde el cielo  
con la suya te amenaza)  
y á tu hermano don García  
desheredas y maltratas  
en el castillo de Luna,  
donde prisiones arrastra.  
Y ahora de esta victoria  
desminuyes la alabanza,  
persiguiendo á don Alonso.  
Basta, Rey don Sancho, basta  
que á tus hermanos les quites  
los reinos, y la esperanza  
de cobrarlos: de sus cuellos  
el rígido acero aparta.  
Acuérdate de que rompes  
á tu padre la palabra.  
y teme el ser desdichado  
si su maldicion te alcanza:  
que no con callar cumpliste,  
pues es cosa averiguada,  
que tácitamente otorga  
quien á lo propuesto calla.

**SANCHO.** Mucho me aprietas, Rodrigo,  
más me ofenden tus palabras  
que tu opinion me acredita  
y me asegura tu espada.  
Si á mis hermanos persigo,  
bastante ha sido la causa:  
mis enemigos son todos,  
beberé su sangre ingrata,  
y no han de tener más tierra,  
que cuando encima les caiga,  
solamente siete piés.  
A mi hermana doña Urraca  
he de quitarle á Zamora,  
y no tardaré en cercarla  
mas de cuanto marche ahora  
mi gente, y á esta jornada

- has de acompañarme, Cid.  
**CID.** Con mi lealtad ordinaria  
 á defender tu persona,  
 siguiendo iré tus pisadas;  
 pero vame juramento,  
 y no saldrá de mi vaina  
 mi espada contra Zamora.  
**SANCHO.** No imagino que hará falta.  
**CID.** Bien poco habrá que la hizo.  
**SANCHO.** Ya me enojo si no callas:  
 toca, toca á recoger,  
 y al momento marcha, marcha  
 contra Zamora: á Zamora  
 vamos, pase la palabra.  
**CID.** ¡Oh Rey mal aconsejado!  
 ¡Oh infelice doña Urraca! (Vanse.)

## ESCENA II.

Zamora. Salon en el alcázar de la Infanta.

Salen la Infanta doña URRACA y ARIAS GONZALO,

- URRACA.** Arias Gonzalo, si al consuelo mio  
 ne acude tu valor y tu consejo,  
 fuerte es la pena, mujeril el brio.  
**ARIAS.** Con el alma te sirvo y te aconsejo:  
 suspende el llanto, y sirva tu querella,  
 pues es tan clara, á tu razon de espejo.  
**URRACA.** Mi desventura todo lo atropella;  
 y así parece que en la suerte mia  
 son rayos los efectos de mi estrella.  
 Si es que don Sancho (cuya mano impia  
 doña Elvira dejó desheredada,  
 y preso tiene en Luna á don García)  
 en el trance feroz de esta jornada,  
 venciese á don Alonso, justamente  
 podré temer los filos de su espada.  
 Y así mi corazon eternamente  
 triste y sobresaltado, al mismo peso  
 la nueva espera, y la desdicha siente.

ARIAS. ¿Hijos? No puedo responderte á eso sin estas lenguas, que serán, señora, fieles anuncios de tu buen suceso.

(Salen don Gonzalo, don Diego, don Rodrigo, don Pedro y don Arias, todos hijos de Arias Gonzalo.)

Defenderánte el muro de Zamora estos cinco renuevos arrancados de este árbol verde, aunque marchito ahora. De apoyos servirán á mis cuidados, que son tuyos, señora, si es que llevo á servir de caudillo á tus soldados. Don Gonzalo, llegad; llegad, don Diego, don Rodrigo y don Pedro, ya con brío para ceñirse espada; harálo luego el menor, que es don Arias, ya le crio, y tal, que en el discurso de la guerra, del que muriere ocupará el vacío.

GONZ. Suspende el llanto, y el temor destierra...

DIEGO. Que antes que ver tu tierra destruida...

RODRIGO. Verás temblar y estremecer la tierra.

PEDRO. Pondréme espada, y perderé la vida en tu servicio.

AR. HIJ. Y yo.

ARIAS. Dales las manos.

AR. HIJ. Animo tengo, aunque mi edad lo impida.

URRACA. Con tierno amor y pensamientos llanos los brazos les daré.

ARIAS. Bosad sus huellas.

URRACA. Vos sois mi padre, y ellos mis hermanos

PEDRO. Bellido de Olfos viene.

URRACA. ¡Ay lucos bellas!

Malas nuevas serán.

ARIAS. Sí, no lo dudes,

Pues él tan presto se obligó á traellas,

(Sale Bellido de Olfos.)

BELLIDO. Perdona, infanta, aunque el semblante mudos, si aplicando á mi voz atento oído, los males sabes, y al remedio acudes.

URRACA. ¿Veneió don Sancho?

BELLIDO. Sobre ser veneído,

ya le llevaban preso entre la gente  
del escuadron más fuerte y más lucido;  
cuando Rodrigo de Bivar valiente,  
ese á quien llaman Cid, ese enemigo,  
que vence con el nombre solamente,  
dió libertad al Rey.

URRACA. ¡O vil Rodrigo,  
ingrato eternamente á mi memoria!  
¡Venció don Sancho? di.

BELLIDO. Que venció digo  
con el mayor aplauso y mayor gloria  
que se ha visto jamás.

URRACA. ¡Que oirlo puedo!

BELLIDO. Con sangre deja escrita su victoria.

URRACA. ¿Y murió don Alonso?

BELLIDO. Huyó á Toledo,  
A lo que se sospecha.

URRACA. ¿Qué haré ahora?

BELLIDO. Con más causas darás al alma el miedo  
cuando sepas que el muro de Zamora  
viene ya amenazando.

URRACA ¡Ay desdichada!

ARIAS. ¿Por qué pierdes el ánimo, señora?  
¿No ves que está Zamora bien cercada?  
De tu justicia en la divina mano  
¿no ves lucir la no torcida espada?  
Junta consejo, díles de tu hermano  
el injusto rigor, el mal intento,  
que yo aseguro que le salga vano.

VOCES. (dentro.) ¡Viva Zamora!

ARIAS. Ya á tus puertas siento  
el pueblo junto, que la nueva sabe,  
y con voces te anima: cobra aliento.  
Terrible es la ocasion, la causa es grave;  
pero atropellaránse inconvenientes,  
pues todo el cielo en tu justicia cabe.  
Traiga tu hermano innumerables gentes,  
llegue á Zamora, déle la batalla,  
que le defenderán brazos valientes.  
Y en habiendo un portillo en la muralla,

mis hijos pondré en él despues del pecho:  
veremos quién se atrevé á derriballa.

URRACA. Mucho me animas, el temor desecho.

VOCES. (dentro.) ¡Viva la infanta!

ARIAS. Y la arrogancia altiva  
de estas voces me deja satisfecho.

URRACA. Vamos, la defensa se aperciba.

ARIAS. Ea, amigos, decid (la pena aplaca):  
¡Muramos todos, doña Urraca viva!

TGDOS. ¡Muramos todos, viva doña Urraca! (vienen.)

ESCENA III.

Toledo. Sala en el Alcázar.

Entran el Rey don ALONSO y ALIMAIMON Rey de Toledo.

ALIMAIM. Alonso, tuyo es Toledo,  
de mis poderes dispon  
y de mí.

REY. Obligado quedo  
con el alma, Alimaimon,  
á servirte.

ALIMAIM. Pierde el miedo.

REY. Nunca le supe tener,  
solo desdicha he tenido,  
pues cuando pensé vencer,  
entonces quedé vencido.

ALIMAIM. Es la fortuna mujer  
en las mudanzas y el nombre.

REY. Soy desdichado, y mi hermano,  
para que el mundo sé asombre,  
es hombre, que con ser hombre  
tiene su rueda en la mano.

ALIMAIM. Ayúdale en popa el viento;  
mas no siempre ha de durar,  
que no dura lo violento.

¡Vienes cansado?

REY. No siento  
sino en el alma el pesar;  
y como en su centro estaba,

los del cuerpo divertía,  
y así, rey, más me cansaba,  
que el caballo que corria,  
el discurso que volaba.

**ALIMAIM.** Con mas ánimo mejor  
mostraras el que has tenido;  
que mas muestra su valor  
en la desdicha el vencido,  
que en el triunfo el vencedor.

**REY.** Aunque me ves descontento,  
que tengo no has de creer  
sin valor el sentimiento.

**ALIMAIM.** Solo tú puedes tener  
por victoria el vencimiento;  
pues causaron los despojos  
de tu valor sin segundo  
generales los enojos,  
y es tu desdicha en el mundo  
llorada con tantos ojos;  
tanto, que en Toledo ahora  
si llora un niño en la cuna,  
sus padres piensan que llora  
tambien tu mala fortuna.  
El mundo entero te adora.

*(Sale un mozo y habla al oído de Alimaim)*

De Zaida las luces bellas  
quieren verte, porque dice,  
que movida á tus querellas  
lloran tu estrella infelice  
sus ojos, que son estrellas.

**REY,** ¿Zaida la que es maravilla  
del mundo?

**ALIMAIM.** La rica hermosa,  
hija del rey de Sevilla,  
apiadada de piadosa  
viene á verte.

**REY.** Iré á servilla.

**ALIMAIM.** Ahora en Consuegra está,  
que es suya.



- REY. Justo sería recibirla.
- ALIMAIM. Viene ya; que como es sobrina mía, á Toledo viene y va.  
(Sale Zaida con acompañamiento.)
- ALIMAIM. ¿Zaida?
- ZAIDA. ¿Alonso? ¿Alimaimon?
- REY. Ya mis penas gloria son.
- ZAIDA. ¡Bello galán! (Aparte.)
- REY. ¡Bella dama! (Aparte.)  
Poco debes á tu fama.
- ZAIDA. Corta anduvo tu opinion.
- REY. ¡Mil años te guarde el cielo!
- ALIMVIM. Voime, Alonso, y cuando estés con mas falta de consuelo, volveré.
- REY. Beso tus piés.
- ALIMAIM. Pierde el pesar.
- REY. Perderelo.  
(Vase Alimaimon, y siéntanse Zaida y D. Alonso.)
- ZAIDA. Alonso, tanto voló tu nombre siempre alabado por el mundo, que llegó mil veces donde tratado hemos de él tu fama y yo. Inclinéme á tu valor, siendo casta mi esperanza, y como siempre el amor, que fué grande en la alabanza, en la lástima es mayor. Apenas tuve creído su vencimiento en tu suerte, cuando por verte he venido, templando el gusto de verte, señor, el verte vencido. Y no solo á verte vengo, con ser este el mayor bien que para el alma prevengo, sino á ofrecerte también

cuanto valgo y cuanto tengo,  
 Cuenca, Consuegra y Ocaña,  
 y otras mis villas tendrás,  
 cuya riqueza es estraña;  
 y ¡ojalá por darte mas,  
 fuera mia toda España.

Y cuantas provincias son  
 desde Levante á Poniente;  
 pero con esta intencion  
 en mis joyas solamente  
 puedo ofrecerte un millon.

Empeña ó vende mis villas  
 si no basta mi tesoro,  
 y estima con mi decoro  
 estas entrañas sencillas  
 con mas quilates que el oro.

Rgy.

Señora, pues causa ha sido  
 el no haber vencido, al ser  
 de tí tan favorecido,  
 ¡dodicha fuera el vencer,  
 como es dicha el ser vencido.

Y así tres venturas son  
 las que el cielo me asegura  
 tras la pasada ocasion;  
 pues me venció tu hermosura,  
 y luego tu obligacion.

Con el honor que me ha dado  
 tu boca, te certifico,  
 que no sé si me has dejado  
 mas obligado que rico,  
 ó más rico que obligado.

No tiene el suelo español  
 la riqueza en que me fundo,  
 pues miro entre tu arrebol  
 en tí, aunque pequeño, un mundo  
 donde nunca falta el sol.

Para ver que no me engañas,  
 cuando de decirme trates,  
 que engendran glorias estrañas  
 oro de muchos quilates  
 las venas de tus entrañas.

Mas si ofende tu valor  
mi alabanza, ve culpando  
mi agradecido temor,  
aunque mis ojos callando  
te lo dijeran mejor.

Mas si con ellos te obligo,  
cuando tu alabanza sigo,  
de mi puedes admitir  
lo que te quiero decir,  
pero no lo que te digo.

Y lo que pisando vas  
por idolo he de tener:  
no puedo ofrecerte mas,  
ques ni aun á ti te he de ofrecer  
las glorias que tú me das.

ZAIDA. Levanta: ¡notable excesos!

REY. ¡Zaida bella!

ZAIDA. Rey cristiano,  
de tu Majestad el peso  
hace que tiemble la mano.

REY. Como Reina te la beso.

ZAIDA. No señor, ¿qué Rey la besa  
á Reina sin ser su esposa?

REY. Atrevida fué la empresa.

ZAIDA. ¡Gran Alonso!

REY. ¡Zaida hermos

(Sale Peranzules.)

PERANZ. El Rey te espera en la mesa.

ZAIDA. Hoy á mi lado sentado  
comerás.

REY. ¡Dulce comida!

ZAIDA. ¿Qué dices?

REY. Solo un bocad<sup>o</sup>  
podrá el comerle á tu lado  
hacer eterna una vida.

Y mas si potable el oro  
de tus entrañas comiera.

ZAIDA. Yo te estimo.

REY. Yo te adoro.

ZAIDA. ¡Ay cielo, si fuera moro!

REY. ¡Ay Dios, si cristiana fuera! (Váase.)

## ESCENA IV.

Campo delante de las murallas de Zamora.

Suena ruido, dicen dentro lo que sigue, y salen ARIAS GONZALO y sus hijos en la muralla.

VOCES. (Dentro) ¡España, Santiago, cierra, cierral  
¡Arrima esas escalas, apercibe  
instrumentos y máquinas de guerra!  
¡Viva el Rey, viva el Rey!

ARIAS. El cielo vive,  
defensor de esta causa y de esta tierra:  
gigantes para quien razon concibe.

VOCES. (dentro). ¡Zamora!

OTROS. ¡España!

ARIAS. ¡Fuerte es la batalla!  
Hijos, corred volando á la muralla!  
Allí arriman escalas, allí han hecho  
un portillo: acudid, mostrad el brío  
donde os parezca ser de más provecho.

(Vanse los hijos.)

Zamora insigne, á tu defensa envío  
á pedazos el alma, cuando el pecho  
ocupa en tu muralla este vacío;  
y ¡ojalá que, aunque á costa de mi pena,  
te diera un hijo para cada almena!

(Tocan al arma, y salen el Rey Don Sancho, Don Diego y soldados.)

SANCHO. Ea, valientes godos no vencidos,  
y vencedores siempre, nuevos Martes,  
pues que nos sobra gente, repartidos  
á Zamora asaltad por varias partes:  
que tanto se os defienda, de corridos  
á puñadas batid sus baluartes,  
á puntapiés sus torres haced piezas,  
sus murallas romped con las cabezas.  
Por aquí miro su mayor flaqueza:  
llegad, venced ahora.

- ARIAS. Está en mi defension su fortaleza.  
 SANCHO. Arias Gonzalo, ríndeme á Zamora,  
 contempla el oro en mi real cabeza,  
 y el acero en mi mano vencedora.  
 Si soy tu Rey, buen viejo...
- ARIAS. Cosa es llana.  
 SANCHO. No seas de este muro barbacana.  
 ARIAS. También lo fué tu padre, en quien de estrellas  
 contemplo circuida el alma santa,  
 y heredero tambien de sus querellas,  
 me encargó la tutela de la Infanta:  
 leyes suyas defiende, que atropellas  
 con tanta fuerza y con injuria tanta,  
 y los Reyes que son cristianos Reyes,  
 no rompen fueros ni derogan leyes.
- SANCHO. Eres traidor.  
 ARIAS. No soy, y el mismo cielo  
 Defiende mi justicia averiguada.
- SANCHO. Escalas, ea, escalas, y de un vuelo  
 sube, Don Diego.
- DIEGO. El pomo de mi espada:  
 medio Zamora te pondrá en el suelo:  
 Sangre de Lara soy.
- SANCHO. Esta jornada  
 quiero vencer yo solo; poner quiero  
 en Zamora mis armas yo el primero.  
 Mi fe me anima y mi valor me abona;  
 de está manera la victoria allano:  
 ¿qué mano ha de atreverse á mi persona?
- ARIAS. Nadie te ha de ofender, Rey soberano,  
 SANCHO. ¿Pues qué harás?
- ARIAS. Respetando tu corona,  
 si subes solo. besaré tu mano;  
 pero el que te acompañe, por mis brazos  
 al suelo ha de volver hecho pedazos.
- SANCHO. ¡Ah villano! ya estoy de enojo ciego.  
 Hoy mi valor, que en mi venganza apoya,  
 Escipion cartagines, Aquiles griego  
 será sobre Carthago y sobre Troya:  
 ¡Guerra, guerra, Zamora, á sangre y fuego!
- ARIAS. No hareis, que es el honor preciosa Joya,

- y puras fuerzas de flaqueza saca.  
**DIEGO.** ¡Viva Don Sancho!  
**ARIAS.** ¡Viva Doña Urraca!  
 No puedo más, ¡ay cielo! ¡ah zamorano  
 valor! ¿dónde te escondes? ¿qué te has hecho?  
 (Sale á la muralla Doña Urraca con los cabellos descompuestos.)
- URRACA.** ¡Ah nobles de Castilla! injusto hermano  
 sediento de mi sangre, de mi pecho  
 la saca ahora, que se opone en vano  
 á tu rigor, del mio satisfecho.  
 Llegá, y para que el cielo te destruya  
 bebe mi sangre, que también es tuya.  
 Teme á mi padre, en quien venganza espero  
 de tu injusticia.
- SANCHO.** ¡Oh vil, quién te respeta!  
 Subid, soldados: venga un balletero,  
 pásele el corazón una saeta.
- URRACA.** ¡Padre, vuelve por mi en trance tan fiero!  
**SANCHO.** Que eso te anima, y eso te inquieta!  
 ¿Tu padre llamas? para hacerme guerra  
 baje del cielo ó salga de la tierra.  
 (Sale de la tierra el Rey Don Fernando con un venablo en la  
 mano sangriento.)
- REY FER.** Deten, Sancho, la mano, que violenta  
 es injusta.
- SANCHO.** ¿Qué miro? ¿qué recelo?  
 ¿qué me aflije, me asombra y me amedrenta?
- REY FER.** Quien no obedece al padre, ofende al cielo,  
 y nunca tierra firme le sustenta:  
 tu muerte, Rey don Sancho te revelo.  
 cuyo instrumento el cielo soberano  
 puso á tus ojos, y dejó en mi mano.  
 (Vuélvese el Rey D. Fernando á entrar debajo la tierra.)
- SANCHO.** ¡Valgame Dios! Soldados, ¿habeis visto...  
 ¿habeis visto, vasallos?...
- DIEGO.** Rey, ¿qué es esto?
- SANCHO.** Toquen á recoger, que no resisto  
 esta sombra, este asombro.

- DIEGO.                               ¿Descompuesto  
tu Majestad?
- SANCHO.                       En lo que estoy no asisto:  
á recoger, soldados: pase presto  
la palabra.
- DIEGO.                               ¿Qué viste?
- SANCHO.                       Al gran Fernando,  
mi vida con mi muerte amenazando.
- ARIAS.                               ¿Qué suspension, señora habrá podido  
la furia detener del Rey tu hermano?  
(Tocan á recoger.)  
Ya toca á recoger.
- SANCHO.                               Ingrato he sido  
á mi padre y á Dios.
- URRACA.                               Cuando su mano  
nos pudiera vencer, ¿cómo vencido  
se va? ¿qué puede ser?
- DIEGO.                               Rey soberano  
¿qué tienes?
- ARIAS.                               ¿Con qué priesa se retirará  
El mismo cielo por tus cosas mira. (Vánse.)

## ESCENA V.

Zamora. Sala en el Alcazar.

Sale BELLIDO DE OLFOS solo.

- BELLIDO. ¡Ay Zamora desdichada!  
¡Ay patria amada y querida,  
injustamente perdida,  
y dignamente adorada!  
Extraña resolución  
encamina mi esperanza;  
si es venganza, no hay venganza  
sin armas de traición,  
Aunque tenga el fin funesto  
la intención que traigo ahora,  
la libertad de Zamora  
gallardamente he dispuesto.

Mas toda el alma se admira  
 del valor que en mí no afloja:  
 ¿quién me anima, quién me arroja?  
 ¿quién me tienta ó quién me inspira?  
 En todas mis esperanzas,  
 en todas mis intenciones,  
 con recelos y traiciones,  
 aseguré mis venganzas.  
 Y hoy ni medroso me espanto,  
 ni cobarde me retiro,  
 con saber que á tanto aspiro,  
 y ver que aventuro tanto.  
 Algun impulso divino;  
 da fuego á mi pensamiento;  
 del cielo soy instrumento.  
 aunque malo, peregrino.  
 Aquí esperaré á la Infanta;  
 mas ya viene, loco estoy  
 de ver qué cobarde soy,  
 y la muerte no me espanta.

(Sale doña Urraca y algunos vasallos.)

URRACA. El no perderse Zamora  
 milagro del cielo ha sido:  
 á mi hermano vi vencido,  
 y á su gente vencedora.

VAS. Cansada debes estar  
 señora.

URRACA. Como mujer,  
 cansada estoy de temer,  
 y muerta estoy de llorar.  
 ¿Bellido de Olifos?

BELLIDO. Si gustas,  
 hablarte á solas querría.

URRACA. Dejadnos. (Váanse los vasallos.)

BELLIDO. Señora mía,  
 el ver tus lagrimas justas  
 me ha movido y me ha obligado:  
 ya sabes que te he servido  
 y que nunca de tí he sido  
 con una merced premiado:



con todo, por verte ahora  
como estás, tu bien procura.

¿Qué me darás, si aseguro  
la libertad de Zamora?

URRACA. Bellido, en el alma precio  
esa oferta, y si has oído,  
que quien compra del perdido,  
á su gusto pone precio:  
consulta en tu voluntad  
lo que quieres, con saber  
que diera el alma por ver  
en Zamora libertad.

BELLIDO. Dame la mano, y confía  
de mi industria y de mi suerte  
el darte con una muerte  
Zamora libre en un día.  
Escucha, señora.

URRACA. Calla,  
si es traición y en mi querella,  
escusará el no sabella  
la culpa de no escusalla.

BELLIDO. Ya te entiendo: á quien le pesa  
de mis trazas viene aquí:  
hoy el mundo verá en mí  
la más atrevida empresa.  
¿Lloras, señora? No llores.  
Hoy seré terror de España. (Aparte.)

(Salen Arias Gonzalo y sus hijos.)

Arias Gonzalo te engaña,  
y todos te son traidores.  
Da Zamora al Rey tu hermano,  
pues defenderla no puedes,  
y espera despues mercedes  
de su justa heróica mano:  
¿Qué importa en esta jornada  
defenderla un mundo enteró,  
y por la una parte Duero,  
por la otra Peña-Tajada  
si faltan mantenimientos?  
Dico ~~no~~ bueno ó malo,

¡Comerán de Arias Gonzalo  
 los honrados pensamientos?  
 Mira que estás engañada  
 de quien te incita y provoca;  
 quien no da pan á la boca  
 mal dará fuerza á la espada.  
 A Zamora rinde.

ARIAS. ¡Infame,  
 bajo, vil, de humilde pecho!  
 Mi respeto justo ha hecho  
 que tu sangre no derrame.

RODRIGO. ¡Villano!

ARIAS. Espera, Rodrigo.

Hijos...

ARIAS H. Desvergüenza tanta...

GONZALO. (Vive Dios!

BELLIDO. Matanme, Infanta  
 porque las verdades digo.  
 Pues por hacerse señor  
 de Zamora, te ha engañado  
 Arias Gonzalo.

ARIAS. ¡Oh malvado!

Tú mientes como traidor.

URRACA. Matadle.

RODRIGO. ¡Villano!

ARIAS H. Espera.

GONZALO. ¡Traidor!

ARIAS. En esto, señora,  
 va mi honor.

BELLIDO. ¡Ah, quién ahora  
 Alas en los pies tuviera! (Vasa.)

ARIAS. ¡Ah hijos, ah zamoranos!  
 ¡Muera, muera el Magancés:  
 ligeros tiene los pies,  
 no se os vaya de las manos.

VOCES (dentro.) ¡Aquí, aquí!

URRACA. ¡Terrible estruendo!

Como sin alma he quedado:

¡Qué intencion le habrá obligado (Aparto.)  
 á Bellido? No la entiendo.

Y este impensado rigor.

me atemoriza, ¡ay cuitada!  
 Pues yo soy tan desdichada,  
 seme Belilde es traider: (Vanse.)

ESCENA VI.

Real del rey D. Sancho delante de Zamora.

Salen el rey DON SANCHO y DON DIEGO ORDOÑEZ  
 DE LARA.

DIEGO. Ya te miro, gloria al cielo,  
 con menos pena, señor.

SANCHO. A faltarme tu valor,  
 y á no tener tu consuelo,  
 sin duda hubiera acabado  
 La vida.

DIEGO. El pesar destierra.

SANCHO. Vi que temblando la tierra  
 abría el cielo enojado.  
 Vi de mi padre al abrilla  
 el aspecto soberano,  
 y de un venablo en su mano  
 ví la sangrienta cuchilla.  
 Paréceme que á la vista  
 le tengo, y tras esto veo  
 abrazarse mi deseo  
 por hacer esta conquista.  
 Pienso que pierdo opinion,  
 si malogro esta esperanza.  
 Tú, pues eres mi privanza,  
 tú, pues sabes mi razon,  
 dame consejos ahora.  
 No reposo, no sosiego:  
 ¿que dices? ¿qué haré don Diego?  
 ¿quitaré el cerco á Zamora?

DIEGO. Si es que el cerco se levanta,  
 porque pesa en tu conciencia  
 la justísima obediencia  
 de tu padre, cosa es santa.

Mas si es por esta vision  
 fantástica, ciega y vana,  
 á tu valor, cosa es llana,  
 que ofendes. ¿No ves que son  
 quimeras que se levantan,  
 y las presenta el sentido?  
 ¿O es que en Zamora temido  
 con embelecocos te espantan?  
 Que no falta una hechicera,  
 que entre sombras finge y miente.  
 Si es que por hijo obediente  
 lo dejaras, justo fuera;  
 mas si no, poco te estimas,  
 si es que por eso lo dejas.

SANCHO. Como discreto aconsejas,  
 y como valiente animas.  
 Mia Zamora ha de ser,  
 aunque para hacirme guerra  
 brote gigantes la tierra.  
 Vive Dios, que he de poner  
 en ella mis estandartes,  
 armas de seda y de acero;  
 si no es que allano primero  
 sus torres y baluartes.  
 Todo mi valor lo abrasa,  
 á todo mi fuerza obligo;  
 y si la estrella que sigo,  
 con venablos me amenaza,  
 para poderme igualar  
 en las armas al contrario,  
 en la mano de ordinario  
 un venablo he de llevar.  
 Iguales armas tenemos  
 la fortuna y yo. ¿Has oido...

VOCES (dentro). ¡Afuera, aparta!

DIEGO. Un ruido.

cuyas voces son estremos.  
 Descompuesto un caballero  
 huye, pica, corre, vuela.

SANCHO. Como es de miedo la espuela,  
 hace el caballo...

- Los que le siguen dirán,  
si es ligero su caballo.
- DIEGO. Revientan por alcanzallo;  
mas pienso que no podrán.  
La gente de tu real  
le ha recogido y le ampara:  
¡qué á espacio vuelven la cara  
al peligro, aunque es mortal,  
los contrarios!
- SANCHO. Hay valor  
en ellos.
- DIEGO. ¡Con qué congoja  
de su caballo se arroja!
- VOCES (dentro). ¡Ah rey don Sancho? ¡ah señor?
- DIEGO. Por tí pregunta.
- SANCHO. ¿Por mí?  
Tocaránme sus cuidados.
- DIEGO. Ya una tropa de soldados  
le traen caminando aquí.
- SANCHO. Algunas causas mayores  
le obligan á extremos tales.  
(Sacan unos soldados á Bellido de Olfos.)
- BELLIDO. Rey, ampara los leales,  
y castiga los traidores.
- SANCHO. Alza, ¿quién eres?
- BELLIDO. Bellido  
De Olfos soy, con boca y manos  
á los reyes castellanos  
he adorado y he servido.  
Y Arias Gonzalo, señor,  
con audacia y con malicia,  
porque esforcé tu justicia,  
y contradije á su error;  
porque dije que á Zamora,  
como era razon, te diese,  
fundado en el interese  
de su intencion, que es traidora,  
con sus hijos me acomete;  
entero el pueblo amotina  
contra mí, que á la malina

ocasion asió el capote.  
 Pero la inocencia mia,  
 porque quiere castigallo,  
 todo el cielo en un caballo  
 que apercebido tenia,  
 me ha valido y me ha escapado  
 de aquel indomable viejo,  
 por aquel postigo, viejo,  
 que nunca fuera cerrado.  
 Por él huyendo sali,  
 que es mi amigo el capitán  
 de los que en su guarda están,  
 y el cielo me trajo aquí  
 por milagro; y, Rey, querria  
 hablarte á solas.

SANCHO. Idos fuera

DIEGO. Este es traidor.

(Vanse todos, dejándolos solos.)

BELLIDO. ¿Quién pudiera

tanto sin la industria mia?  
 Yo he procurado, señor,  
 que pongan los zamoranos  
 á su justicia en tus manos,  
 y á Zamora en tu valor:  
 no bastó en tu diligencia  
 la fuerza de mi verdad  
 y acudiendo á mi lealtad,  
 he venido á tu obediencia.

¿No me admites por vasallo?

SANCHO. Sí, pues la mano te doy.

BELLIDO. Pues ahora que lo soy,  
 en obligacion me hallo  
 de darte á Zamora: ahora,  
 Rey justo, Rey soberano,  
 pues Zamora está en mi mano,  
 cuenta por tuya á Zamora.

SANCHO. Bellido de Olfos, si eso  
 tu espada y crédito abona,  
 serás segunda persona  
 en mis reinos,

- BELLIDO. Tus piés beso,  
Solo tú, Rey, has de ser  
depósito del secreto:  
oye, escucha.
- SANCHO. Eso prometo  
y aseguro.
- BELLIDO. Has de saber...  
(Dice dentro Arias Gonzalo.)
- ARIAS. ¡Ah Rey Don Sancho! ¡ah señor!  
(Salen el Cid Rodrigo, Don Diego Ordóñez y los soldados.)
- CID. Al Rey avisemos presto:  
llega, Don Diego.
- SANCHO. ¿Qué es esto?
- BELLIDO. Temblando estoy de temor.
- CID. Muy graves voces se oyeron  
en el real de Don Sancho,  
que las daba un caballero  
de Zamora en el andamio.  
(Sale arriba Arias Gonzalo.)
- ARIAS. ¡Ah Rey! ¡ah señor!
- CID. Escucha:  
desde aquí lo divisamos.
- ARIAS. De un traidor te guarda...
- DIEGO. Entera  
llega su voz.
- SANCHO. ¡Cielo santo!
- ARIAS. Que de Zamora ha salido,  
Bellido de Olfos llamado,  
traidor, hijo de traidores:  
el hechizo de sus labios  
no te engañó, que a su padre,  
y a su misma sangre ingrato,  
le mató, y echó en un río:  
testigo bien declarado  
de quien es. Matarte quiere,  
toma mi consejo llano:  
no digas que no te aviso,  
no acuerdes tarde, don Sancho.  
Protesto, que si sucede

- lo que digo en mi descargo,  
que no puede dar el mundo  
de tan desastrado caso,  
ni á tu descuido disculpa,  
ni culpa á los Zamoranos.
- SANCHO. ¿Qué es esto, Bellido?
- BELLIDO. ¡Ay cielo!  
de congoja estoy temblando. (Aparte.)
- CID. Rey, yo conozco á Bellido,  
manda prenderlo ó matarlo.
- BELLIDO. Rey, escucha.
- SANCHO. Oid, espera.  
Confuso me tiene el caso. (Aparte.)
- BELLIDO. Señor, el que da las voces  
debe ser Arias Gonzalo,  
porque sabe que la fuerza  
de Zamora está en mi mano.  
Estratagemas son suyas,  
no lealtades, sino engaños  
con que defiende á Zamora  
á costa de mis agravios.  
¿Quiéreslo ver? A tus pies  
como un humilde gusano  
se atreverá á tu persona,  
Rey poderoso, Rey magno.
- SANCHO. Del todo estoy persuadido  
que es traidor Arias Gonzalo.
- CID. Arias Gonzalo procede  
como caballero honrado,  
y hay en su pecho lealtad,  
como valor en sus brazos;  
y cuanto dijo de tí,  
es cierto y averiguado;  
que lo sabe el mundo, y yo  
lo defenderé en el campo,  
y no á un traidor solamente.
- SANCHO. ¡Ah Rodrigol!
- CID. Señor, ya callo  
obligado á tu respeto.
- BELLIDO. Por lo mismo estoy callando,  
mas no lo que á tu corona



se yo que le importa tanto.  
Si Arias Gonzalo y Rodrigo  
son parientes tan cercanos,  
no es mucho le corresponda,  
aunque contra tí.

CID. ¡Villano!

SANCHO. ¡Rodrigo!

CID. ¡Oh santa obediencia,  
lazo ahora de mis manos!

BELLIDO. Si, el favorecer al Cid  
tu hermana Urraca, Don Sancho,  
los caducos lo entendieron,  
y los niños lo cantaron:  
y el amor entre los dos  
recíproco, aunque pasado,  
tiene fuerza en sus reliquias  
mayor que en los muros altos  
de Zamora.

CID. Eres traidor,  
y mientes, infame bajo.

SANCHO. ¿En mi presencia?

BELLIDO. Tú eres  
partícipe de mi agravio.

SANCHO. Tocárame la venganza:  
véte, véte desterrado  
por un año de esta tierra.

CID. Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,  
tú me destierres por uno,  
yo me destierro por cuatro.

Y no pienso que en el mundo  
dejará de ser honrado

sin besar mano de Rey  
quion tiene Reyes vasallos.

Y guárdate de traidores,  
porque á los Reyes ingratos  
suele castigar el cielo:

¡El te guarde muchos años!

SANCHO. Véte.

CID. Y al cielo, señor,  
de la falta que te hago  
me protesto.

- SANCHO. Veto.
- CID. Yoime.
- DIEGO. Y todos te acompañamos.
- CID. ¡Ah mal regido mancebel (Vanse.)
- SANCHO. Por dar crédito á tus labios,  
le niego á todos, Bellido.  
Mira...
- BELLIDO. Si te trato engaños,  
manda cortar mi cabeza.  
Que nunca ha sido cerrado  
hay un postigo en Zamora,  
que llaman de los Cambrancos  
de la Reina; y por él quiero  
(pues sé los ocultos pasos)  
darte á Zamora: y ya tengo  
el capitán cohechado  
de los que guardan su fuerza;  
pero como importe tanto  
el secreto, tú y yo solos  
importará que salgamos  
á reconocer el puesto.
- SANCHO. ¡Contigo solo en el campo  
sola mi real persona?
- BELLIDO. ¡No irá segura en mis manos?  
Pues que de mí no te las,  
con tu licencia me parto  
donde moros me acrediten,  
pues me ofende un rey cristiano.
- SANCHO. Espera, Bellido, espera.  
(Sale Don Diego.)
- DIEGO. Señor, ¡el Cid desterrado  
de tu tierra, que en tus tierras  
es la fuerza de tus brazos?  
¡Qué dirá el mundo de ti,  
Rey?
- SANCHO. ¡Fuése?
- DIEGO. Fuesto á caballo  
le dejé, que se partía  
entre todos sus soldados,

y gran parte de los tuyos,  
aunque rehusa el llevarlos.

SANCHO. Mucho emprendo.

DIEGO. No respondes?

SANCHO. Vé, y dile que yo le llamo;  
Bellido, yo estoy resuelto:  
vé, Don Diego.

DIEGO. Iré volando. (Vase.)

SANCHO. A mi persona aventuro  
en tu confianza: vamos,  
vé diciendo.

BELLIDO. Lo que pisas  
iré barriendo y besando.

SANCHO. Tú mi privanza has de ser.

BELLIDO. Tú has de morir á mis manos. (Aparte)

---

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA I.

Real del rey D. Sancho.

Salen el CID y DON DIEGO ORDÓÑEZ DE LARA.

CID. Yo volveré á su presencia  
que es mi natural señor;  
y en el vasallo es honor  
oír á la obediencia.

DIEGO. Es tu proceder tan justo,  
como discreto y valiente.

CID. Aquí esperemos mi gente,  
que vuelve con poco gusto  
de ver su esperanza vana,  
pues yendo resuelta ahora  
Diego 5

- de agotar la sangre mora,  
 uelve á verter la cristiana.
- DIEGO.** De ofenderte arrepentido  
 está el rey.
- CID.** A Dios pluguiera,  
 don Diego, que lo estuviera  
 de haber al cielo ofendido;  
 que cualquiera ofensa mía  
 le hubiera yo perdonado.  
 (Sale el conde de Cabra y soldados.)
- CONDE.** Muerto me lleva el cuidado.
- DIEGO.** ¿No es el conde don García?
- CID.** ¿Conde de Cabra?
- CONDE.** ¿Grande Cid?
- CID.** ¿Qué hay? ¿qué teneis?
- CONDE.** Buena ley  
 y buen celo. Falta el rey  
 de su tienda.
- DIEGO.** ¿Cómo?
- CONDE.** Oid.  
 con Bellido solo es ido.  
 ¿De Bellido se ha fiado?
- CID.** ¿De Bellido se ha fiado?
- CONDE.** Con estar tan avisado  
 de que es un traidor Bellido.
- CID.** Es rey mancebo en efeto,  
 y atropella su corona.
- CONDE.** La falta de su persona  
 oculté con mí secreto.  
 No he querido publicarla  
 á su gente, viendo en ella  
 que diera al descomponella  
 principio el alborotarla.  
 Y con la de más valor  
 le busco por estos prados.  
 (Salen el rey D. Sancho y Bellido al un lado del tablado.)
- SANCHO.** Bellido, ¿dejaste atados  
 los caballos?
- BELLIDO.** Sí, señor:  
 pero allá gente diviso.
- SANCHO.** ¿Quién será?

BELLIDO. Desdicha es mia; (Aparte.)

á este lado te desvía;  
tiembla la tierra que piso. (Aparte.)

CID. Paréceme, que os partais  
repartidos cuerdamente  
buscando al rey, y á mi gente  
esperaré mientras vais,  
adonde cualquiera voz  
vuestra, que venga por mí,  
pueda llevarme tras sí  
mas que los vientos veloz.

CONDIE. Pues yo voy por este lado.

DIEGO. Yo por este iré perdido.

¡O mancebo mal regido!

CID ¡O rey mal aconsejado!

(V. los, dejando al rey y á Bellido.)

BELLIDO. Ya he visto desaparecer  
la gente que divisaba,  
Señor.

SANCHO. Tan lejos estaba  
que apenas la pude ver.  
No tiene lugar el suelo  
cual Zamora.

BELLIDO. No hay dudar:  
ya, rey, la puedes mirar  
como tuya.

SANCHO. ¡Plegue al cielo!  
Es su sitio milagroso.

BELLIDO. A gran cosa me aventuro: (Aparte.)  
por allí está flaco el muro,  
y pcco fondable el foso,  
y hay tras aquel torreón  
un pertillo en la muralla.

¡Daréle! (Aparte.)

SANCHO. Yo he de ganalla.

BELLIDO. ¿Saltais, temeís, corazón?

(El Rey está mirando hácia Zamora, y Bellido esta á sus espaldas como que le amaga con la daga; y cuando se vuelve el Rey se compone y disimula.)

SANCHO. Paréceme á maravilla.

- BELLIDO. Buena ocasion tengo ahora (Aparte.)  
 SANCHO. Tierra del cielo es Zamora.  
 BELLIDO. Es lo mejor de Castilla.  
 SANCHO. Justamente es pretendida:  
 estimola con razon.  
 BELLIDO. Es de tanta estimacion  
 que ha de costarte la vida (Aparte.)  
 Mas allá hácia el otro lado,  
 donde luce un chapitel,  
 está aquel postigo, aquel  
 que nunca fuera cerrado.  
 Llámame de los Cambranos  
 de la Reina, y si me das  
 cien hombres...
- SANCHO. ¿Ciento no más?  
 BELLIDO. Pondré a Zamora en tus manos.  
 Entraré por él...
- SANCHO. Espera,  
 ¿cómo?
- BELLIDO. De noche, y, señor,  
 tú por la puerta mayor,  
 que te abriré.
- SANCHO. ¿Qué te altera?  
 BELLIDO. Ya me parece que entrando  
 hiriendo y matando voy,  
 y así alborotado estoy,  
 como quien sueña velando.
- SANCHO. Segura esperanza llevo  
 de que has de darme a Zamora.
- BELLIDO. Cobardo soy: ¿qué haré ahora? (Aparte.)  
 SANCHO. Bellido, mucho te debo.  
 Serás mi segunda parte;  
 serás mano de mi espada.
- BELLIDO. Seré tu esclavo. Y soy nada, (Aparte.)  
 SANCHO. Serás piedra en mi corona.  
 BELLIDO. ¿Qué mira tu Majestad?  
 SANCHO. A cierta necesidad,  
 que a los reyes no perdona.  
 Me desvío.
- BELLIDO. Por aquí,  
 si gustas, puedes bajar,

porque en este valladar  
te cubra esta peña.

SANCHO. Sí.

BELLIDO. Y porque es seguro el puesto,  
y secreto.

SANCHO. Dices bien.

BELLIDO. Pues dame la mano.

SANCHO. Ten.

BELLIDO. Baja á espacio: á morir presto. (Aparte.)  
Tu suerte el vivir te acorta.

(Entrase el Rey, y Bellido le da la mano, como que le ayuda á bajar.)

SANCHO. ¡Jesus! bajando he caído (Dentro.)  
y entre estas matas asido  
perdí el venablo.

BELLIDO. No importa.

(Escápasele al Rey el venablo de las manos, y Bellido le toma.)

Yo le guardo.

SANCHO. Bien está.

BELLIDO. De animoso estoy resuelto;  
¿Mas qué yelo en sangre envuelto  
por mis venas viene y va?  
Ciega el alma ¿con qué espanto,  
en qué inconvenientes piensa?  
Si es un hombre sin defensa,  
¿cómo el ser Rey puede tanto?  
Pero ya cobro valor,  
ya el yelo en mis venas ardo.  
Mataréle, que el cobarde  
de lejos mata mejor.  
Pero ¿qué miedo, qué lazo  
me detiene? ¿En qué despecho  
se acobarda siempre el pecho,  
y se encoge siempre el brazo?  
¡Cielo, cielo soberano,  
valedme en esta ocasión!  
Esforzad mi corazón,  
pues castigais con mi mano.

(Entrase Bellido, como que tira el venablo, y vuelve á salir hu-  
yendo, y dice Sancho de dentro.)

SANCHO. ¡Jesús mil veces! ¡Señor,  
valedme! Traidor, ¿qué has hecho?

BELLIDO. De las espaldas al pecho  
queda pasado.

SANCHO. ¡Ah traidor! (Dentro.)  
Mas es tan justo el castigo,  
como tu mano traidora.

BELLIDO. Como yo llegue á Zamora,  
abierto tengo el postigo.

(Vase huyendo Bellido, y el Cid dice dentro.)

Cid. ¿Qué has hecho, traidor? Espera:  
algo hiciste, que huyes tanto.

(Vuelve á salir Bellido corriendo.)

BELLIDO. Solo puede el cielo santo  
parar mi veloz carrera.  
No he podido desahar  
el caballo, y á pié quedo;  
mas con las alas del miedo  
podré correr y volar. (Váse.)

(Sale el Cid.)

Cid. Enfrena, dame el caballo;  
quisiera, aunque imita al viento  
como de pena reviento,  
reventar por alcanzallo. (Váse.)

(Sale D. Diego Ordoñez, y el Rey dice de dentro.)

SANCHO. ¡Jesús, Jesús! ¡Cielo, cielo  
¡Pa íre!

DIEGO. ¿Qué lamentos sigo?

SANCHO. Pues es tan tuyo el castigo,  
sea más tuyo el consuelo.  
Pon límite...

DIEGO. El alma espantan.

SANCHO. Al rigor con que me dejas,

DIEGO. Largos ayes, tristes quejas  
el cabello me levantan.

SANCHO. ¡Ay, ay!

DIEGO. ¿Qué escucho? ¡Yo puedo  
temer?



- SANCHO. ¡Ay!  
 DIEGO. ¿Soy yo por dicha?  
 Mas el miedo á una desdicha  
 nunca fué afrentoso miedo.
- SANCHO. ¡Ay padre!  
 DIEGO. ¡Ay trance feroz!  
 SANCHO. Mis inobediencias miro.  
 DIEGO. Yo conozco este suspiro.  
 ¿Por dónde salió esta voz?  
 ¿Quién se queja?
- SANCHO. Un desdichado.  
 DIEGO. ¡Ay cielo! Estoy sin sentido.  
 ¿Quién es?
- SANCHO. Un hombre que ha sido:  
 yo muero: llega: ¡ah soldado!  
 DIEGO. ¿Qué es esto? Temblando llego.  
 Aquí está.
- SANCHO. Si eres leal,  
 Hega: ¡Ay Dios!  
 DIEGO. ¡Pena mortal!  
 (Se asoma dentro.)  
 ¿Es el Rey?
- SANCHO. ¿Eres don Diego?  
 Llega.  
 DIEGO. ¡Terribles asombros!  
 SANCHO. Baja, dame tus abrazos.  
 DIEGO. Arrojaréme en tus brazos,  
 y llevaréte en mis hombros.  
 (Entrase D. Diego, y salen al muro de Zamora doña Urraca y Arias Gonzalo).
- URRACA. ¿Qué has oído en el real  
 de don Sancho?
- ARIAS. Grande estruendo,  
 y un hombre se viene huyendo.
- URRACA. Y volando viene: ¿hay tal?  
 ARIAS. El que le sigue á caballo,  
 si es que alcanzarlo desea,  
 ¿cómo se apea?
- URRACA. ¿Se apea?

- ARIAS. Y á pié procura alcanzallo.  
Bellido es el que huye allí.
- URRACA. Y el que le sigue es Rodrigo.
- ARIAS. Ya se encamina al postigo  
nunca cerrado.
- URRACA. ¡Ay de mí!  
¿Qué habrá hecho? ¡estoy perdidal  
(Salen Bellido, y tras él el Cid, los dos á pié.)
- BELLIDO. Como el viento soy ligero.
- CID. ¡Oh mal haya el caballero  
que las espuelas se olvidal  
Por alcanzarte mejor,  
me apeé, y al viento iguales:  
espera.
- BELLIDO. Notables alas  
son las del miedo,
- CID. ¡Ah traidor!
- URRACA. Ah del postigo, amparad  
á Bellido.
- ARIAS. Oye, señora. (Váase.)
- BELLIDO. Dále sagrado, Zamora,  
á quien te dió libertad. (Entrase.)
- CID. ¡Ah villano! no estarás  
dentro en Zamora seguro,  
que derribaré este muro  
á puntapiés.
- URRACA. ¿Dónde vas?  
Afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano,  
acordársete debiera  
de aquel buen tiempo pasado,  
que te armaron caballero  
en el altar de Santiago:  
mi padre te dió las armas,  
mi madre te dió el caballo,  
yo te calcé espuela de oro,  
porque fueras más honrado,  
pensando casar contigo,  
no lo quisieron mis hados.  
Casástete con Jimena.

hija del conde Lozano:  
con ella hubiste dineros,  
conmigo fueras honrado.  
Muy bien casaste, Rodrigo,  
mejor hubieras casado;  
dejaste hija de un Rey  
por tomar la de un vasallo.  
Véte, Cid, Rodrigo, véte,  
pues te muestras tan ingrato,  
que no solo no te acuerdas  
de lo que estás obligado;  
pero loco y atrev.do,  
soberbio, arrogante y vano  
a mi decoro te atreves  
con la lengua y con las manos.  
Pagaste amor con desden,  
y lealtades con engaños;  
con males pagas los bienes,  
los favores con agravios.  
Señora, corrido estoy  
de ver que me ofendas tanto,  
que me culpes de atrevido,  
y que me arguyas de ingrato.  
Si tu padre me ciñó  
la espada que traigo al lado  
por eso contra Zamora  
de la vaina no la saco,  
cumpliendo así el juramento  
que me tomó agonizando  
en presencia de sus hijos  
sobre sus reales manos.  
Si tu madre y Reina mía,  
me honró con darme el caballo,  
y tú con la espuela de oro  
me dejaste mas honrado;  
por eso el caballo ahora  
detuvo el curso gallardo  
con que volaba otras veces,  
tu disgusto adivinando.  
Y las espuelas tambien  
con que pudiera picarlo.

se escondieron al buscarlas,  
y al quererlas me faltaron.  
Pues si en mí, que te respeto,  
y hasta tu sombra idolatro,  
lo irracional, lo insensible  
muestra sentimiento humano.  
¿Por qué dices que te enojo?  
¿por qué piensas que te agravio?  
¿Qué disgusto te procuro?  
¿qué decoro no te guardo?  
Si no me casé contigo,  
fué, señora, imaginando,  
que aun con tus alas no fuera  
posible volar tan alto.  
Si vengo sirviendo al Rey,  
solamente le acompaño,  
ni en tu daño le aconsejo,  
ni contra tí salgo al campo.  
Si ahora un traidor persigo,  
con muchas causas lo hago;  
pues esta mañana solo  
salió con el Rey tu hermano,  
y ví que pasaba huyendo,  
recelé el notable daño  
de que avisaron al Rey  
las voces de Arias Gonzalo.  
Y con venir arrogante,  
temeroso y temerario,  
advierte si te respeto,  
y si decoro te guardo;  
pues á tu voz me detuve,  
y á tu enojo estoy temblando.

**URRACA.** Ya es ménos, Rodrigo, escucha.

**ARIAS.** (dentro.) Muera Bellido, matadlo.

**VOCES.** (dentro.) ¡Muera, muera!

**URRACA.**

(Voces sientos.)

(Dan voces dentro, como que las dan en Zamora y en el real de don Sancho).

**DENTRO.** ¡Oh infelice Rey don Sancho!

**CID.** ¿Qué escucho?

DENTRO. Los de Zamora  
son traidores declarados.

URRACA. Rodrigo, á Dios, mi presencia  
importará.

CID. ¡Cielo santo!  
¿Qué puede haber sucedido?  
Todo el cielo viene abajo.

(Dando voces en Zamora y el real del Rey, se van doña Urraca y el Cid, y sale D. Diego con el Rey D. Sancho en los brazos pasado con el venablo el pecho.)

DIEGO. Anímate.

SANCHO. No puedo.

DIEGO. ¡Triste calma!

Peso es del alma el que en los hombros llevo.

SANCHO. Don Diego, espera, que me sale el alma.

DIEGO. A sacarte el venablo no me atrevo.

SANCHO. Detiénela en la boca de la herida.

DIEGO. Voces daré al real.

SANCHO. La muerte pruebo.

DIEGO. Dírate el alma para darte vida,  
si esta imposible hazaña á los humanos  
les fuera de los cielos permitida.

¡Ah del real! valientes castellanos,  
volved ahora á la piedad el pecho,  
y á la venganza prevenid las manos.

Valed á vuestro Rey: pero sospecho  
que entre sus confusiones y mi llanto  
no son mis roncadas voces de provecho.  
Ayudadme á llevarle.

SANCHO. Al cielo santo  
le pide ayuda, porque tenga ahora  
consuelo un hombre, que le ofende tanto.  
Muerdo, don Diego.

DIEGO. Muera quien te llora:

¡Ah injustos hados! ¡Ah traïdor Bellido!

Sin duda sabe en tu traïcion Zamora.

Venganza espero, si justicia pido.

¡Cielo! Zamora es causa.

SANCHO. No, don Diego,  
causa es de causas quien la causa ha sido.  
Fui hijo inobediente, estuve ciego.

Y el cielo me castiga, á quien le pido,  
que entre agua y sangre me perdone el fuego.  
Solo instrumento á su justicia ho sido;  
que de matar á un Rey atrevimiento  
no tuviera Zamora ni Bellido.

DIEGO. Iguale á la desdicha el sentimiento,  
y si al agravio la venganza igualo,  
volarán sus cenizas por el viento.  
Abrasahé á Zamora, pagarálo;  
que no porque el castigo es justo, es bueno,  
deja de ser el instrumento malo.  
Alborótese el mundo, quede lleno  
de horror, de asombro, de dolor, de espanto,  
que yo he de ser el rayo de este trueno.

SANCHO. ¡Ah don Diego!

DIEGO. ¡Ah señor!

SANCHO. No llores tanto.

mi muerte, mira muda esa esperanza  
de quien quizá se ofende el cielo santo.

DIEGO. Fundada está en justicia esta venganza.

(Salen el conde don García y los soldados que fueron con él.)

Aquí está el Rey.

SANCHO. ¡Oh conde don García!

GARCÍA. Y el que más parte de tu pena alcanza

SANCHO. Mis vasallos...

TOD. ¡Señor!

SANCHO. La culpa es mia.

Y de Dios la justicia (Sale el Cid.)

CID. ¡Oh injusta mano!

tu atrevimiento entonces no sabia  
que hiciera mi dolor el paso llano  
derribando murallas, y vengara,  
si es que se venga un rey en un villano,

DIEGO. Llegá, famoso Cid.

CID. ¡Oh fuerte Lara!

¿Qué es esto, Rey, señor?

SANCHO. Por de Castilla,

no hay segura corona ni tiara.  
Pasóme de un venablo la cuchilla;

que sagrado ó real cualquiera pecho  
es de barro tambien.

GARCIA. ¡Oh gran mancilla!  
CID. Yo he de quedar en lágrimas deshecho.  
SANCHO. Mis leales vasallos, una cosa  
haced para que muera satisfecho.  
La maldicion de un padre rigurosa  
en la tierra me alcanza, volvé al cielo,  
contempladle en su esfera luminosa,  
Pedidle tiernamente algun consuelo  
a esta pena mortal, si es que le obligo  
con sangre suya, que colora el suelo.  
Y tú, Cid, de quien fué tan grande amigo,  
ruégale que á los cielos soberanos  
pida el perdon; pues obligó al castigo.  
¡Jesus! muero: decid á mis hermanos  
que me perdonen, como yo al que puso  
en el pecho de un Rey traidoras manos.

GARCIA. Gran gente viene, y con tropel confuso  
llegan.

CID. En esta tienda que han armado  
Lo cntremos.

SANCIO. Pues el cielo lo dispuso,  
en su misericordia confiado  
muero contento, y el villano yerro  
perdono, y perdon pido.

(Vanle entrando, cubriéndole con la cortina.)

DIEGO. Ya ha espirado  
¡Ah Zamora cruel! ¡cómo no cierro  
con tus murallas! hecho más honroso  
es hacer su venganza que su entierro.  
¡Ah castellanos, ah Vivar famoso!  
¡Conde Don Nuño, Conde Don García  
rete á Zamora un hombre valeroso,  
y después de probar su alevosia  
en el campo, abrasada en en nuestro fuego  
lemos al viento su ceniza fria!

GARCIA. Dice Don Diego bien.

NUÑO. Tiene Don Diego  
sangre del gran Mudarra,





pero entre las almenas de Zamora  
oyó una voz y veneró una cara.

CID. Aunque en Bellido la intencion traidora  
me obligaba á cuidados vigilantes,  
no supe entonces lo que lloro ahora.  
tarde lo supe, que á saberlo antes,  
por vengar á mi rey con piés valientes  
derribara murallas de diamantes;  
sin poderlo estorbar inconvenientes  
de respetos humanos, en el mundo  
fuera mi espada asombro de las gentes.  
Y si de esta verdad, en que me fundo,  
dudare alguno, le diré...

DIEGO. Rodrigo,  
bien la acredita tu valor profundo.  
Solo vuelvo á deciros, que me obligo  
al reto de Zamora.

NUÑO. Seguiria  
yo esta opinion.

GARCIA. Yo y todo.  
CID. Y yo la sigo.

Y si antes dije que de sangre mia  
daria un caballero valeroso,  
por tí, don Diego Ordoñez, lo decia.

DIEGO. Todos me honrais, y tú, gran Cid famoso,  
con tan grande favor me infundes brio  
á emprender esta hazaña poderoso.

CID. Vamos á prevenir el desafío.

DIEGO. Pagando en sangre á mi lealtad tributo,  
con las nubes, que engendra el llanto mio,  
hasta el sol en su esfera pondrá luto. (Vasne.)

## ESCENA II.

Sala en el alcázar de la Infanta en Zamora.

Sale doña URRACA sola.

URRACA. ¡válgame Dios! ¿si es verdad  
que se engañan mis senti-

¿En el real alaridos,  
y voces en la ciudad?  
si fué algun atrevimiento  
de Bellido?

(Sale don Rodrigo Arias).

RODRIGO. Di traicion.  
URRACA. ¿Qué ha sido?  
RODRIGO. Desdichas son.  
URRACA. Dilas tú, pues yo las siento.  
RODRIGO. La triste vez ha llegado  
de que al rey don Sancho ha muerto.

URRACA. ¡Jesús!

RODRIGO. De tal desconcierto  
con razon alborotado  
le persigue el pueblo entero,  
cuyas voces has oido.

URRACA. ¡Ay hermano! Sin sentido  
he quedado: ¿qué haré? Muero.

(Sale Bellido huyendo, y pónese á los piés de doña Urraca, y tras él vienen Arias Gonzalo y los otros hijos con las espadas desnudadas, y la Infanta le guarda).

TODOS. ¡Muera el traidor homicida!

BE LLIDO. ¡Ah zamoranos, piedad!  
¿A quien os dió libertad  
quereis quitarle la vida?  
Señora, si á tus piés puesto  
no me defienden tus manos,  
muerto soy.

URRACA.

¡Ah zamoranos  
Arias Gonzalo, ¿qué es esto?  
¿Por qué seguís á Bellido?  
¿Qué ha hecho?

ARIAS,

Deja, señora,  
verter la sangre traidora  
del que la tuya ha vertido.  
Cuando la tierra extremece,  
cuando los cielos espanta,  
cuando tus leyes quebranta,  
cuando tu fama enmudece,  
cuando pierde tu opinion.

cuando al rey tu hermano ha muerto,  
¿tú le defiendes?

URRACA.

ARIAS.

¿Es cierto?  
Malas nuevas ciertas son.  
Por los aires han venido  
de que el rey nuestro señor  
murió á manos de un traidor.  
¿Quién será sino Bellido?

URRACA,

¿Quién será sino mi suerte,  
causadora de estas penas?  
Paendedlo, echadlo en cadenas;  
pero no le deis la muerte.

(Quitale la espada Urraca).

ARIAS.

¿Cómo en delito tan grave?  
Pues dirá quien de ella trata,  
que quien su muerte dilata  
algo en sus traiciones sabe.

URRACA.

Y ¿no será lo más cierto,  
pues la ocasion los obliga  
decir, que porque no diga  
los cómplices, lo hemos muerto,  
y resultar del suceso  
otra mayor desventura?

En una cárcel segura  
le teñed seguro y preso.  
Y si es que los castellanos  
dicen que culpa tenemos,  
la disculpa les pondremos  
y el delincuente en las manos.

ARIAS.

Son tus razones, señora,  
de tu discrecion tributo:

URRACA.

Cubran de funesto luto  
las murallas de Zamora  
y vean el sentimiento  
con que esta desdicha pago,  
mi inocencia en lo que hago;  
y mi pena un lo que siento.  
Arias Gonzalo, conmigo  
te ven, que aun hay más que hacer.  
Tu discreto parecer,

ARIAS.

Pliego 7

como tus pisadas sigo.  
Llevad preso ese traidor.

(Vánse Arias, Gonzalo y doña Urraca.)

**BELLIDO.** ¿Traicion es poner la mano  
en un Rey que fué tirano?

**GONZALO.** Nunca es tirano el Señor.

**BELLIDO.** ¡Ah Zamora, cómo en mí  
tu noble opinion estragas,  
pues con prisiones me pagas  
la libertad que te di!  
Por hecho tan valeroso  
atais tan valientes manos:  
mas ya, indignos Zamoranos  
del nombre antiguo y famoso,  
ya entiendo vuestra intencion,  
aunque no me la digais;  
pues al traidor castigais  
para lograr la traicion.  
Mano fui con que tirastes  
la piedra.

**DIEGO.** Calla, villano.

**BELLIDO.** Y ahora escondeis la mano

**DIEGO.** Tú mientes.

**BELLIDO.** Bien me pagastes  
Zamora, pues me condenas.

**GONZALO.** Mataréte, si no callas.

**BELLIDO.** Veas tener tus murallas  
por cimientos tus almenas.

(Vánre llevándole preso.)

### ESCENA III,

Delante de las murallas de Zamora.

Sale arriba Doña URRACA y ARIAS GONZALO, y tocan trompas roncás y tambores destemplados; y va saliendo el eutierro del Rey, y pasando y entrándose.

**URRACA.** ¿Qué trompetas roncás son estas,  
y tambores destemplados?

**ARIAS.** Todo por los aires dice

la muerte del Rey Don Sancho.  
 su entierro debé de sér;  
 ó quizá, si no me engaño,  
 es publicar el delito  
 para vengar el agravio.  
 Mira en órden las hileras  
 que vienen de cuatro en cuatro,  
 hácia Zamora se acercan  
 cubiertos do lutos largos.  
 Los mejores de Castilla  
 lievan las andas en alto,  
 donde viene muerto el Rey.  
 ¡Triste y lamentable caso!  
 Mira á sus pits su corona,  
 su cuerpo en sangre bañado,  
 y por el heróico pecho  
 mira el agudo venablo.  
 y con funesto silencio  
 los leales castellanos,  
 que hasta el sol visten de luto  
 con el polvo que arrastrando  
 levantan tantas banderas;  
 y mira (¡prodigio extraño!)  
 Que solo muestran desnudas  
 las espadas en las manos.  
 ¡Cómo afligen, cómo lloran  
 á venganza amenazando!  
 ¡Oh cuánto callan sintiendo!  
 ¡Oh cuánto dicen callando!

URRACA. ¡Ay infeliz suerte mia!  
 Yo me voy, Arias Gonzalo,  
 que el pecho de una mujer  
 no es posible sufrir tanto.

(Vase Doña Urraca, y suena una trompeta, y descúbrese en un caballo á Don Diego Ordoñez de Lara, que viene armado, cubierto de luto, y con una mortaja al hombro y un crucifijo en la mano derecha).

ARIAS ¡Mas qué bastarda trompeta  
 suena por este otro lado,  
 y haciendo en los montes ecos  
 pide silencio á los campos?

Alli viene un caballero,  
ya con la vista le alcanzo,  
ya le conozco en el brio,  
y es sin duda, nõ me engaño,  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
que tiene por nombre el bravo,  
todo cubierto de luto  
hasta los piés del caballo:  
debajo del luto lleva  
un arnés muy bien trazado,  
una mortaja en el hombro;  
y un crucifijo en la mano,  
Hacia el crucifijo mira;  
y viene con él hablando;  
aquí llega, y hablar quiere,  
atento quiero escucharlo.  
¡Ah zamoranos cobardes,  
desleales, fementidos!  
Oidme, testigo el cielo  
de las verdades que os digo.  
Consejo fué de Zamora,  
deslealtad, traicion ha sido  
el matar al Rey Don Sancho  
por las manos de Bellido.  
Y así reto de traidores,  
primero al Consejo mismo,  
á los chicos, á los grandes,  
á los viejos, á los niños.  
Hasta las mujeres reto,  
á los muertos, á los vivos,  
Y reto á los por nacer,  
pues sois pocos los nacidos  
Y reto en vuestra Zamora  
plazas, calles, y á quien hizo  
de la más humilde casa  
al más soberbio edificio.  
Reto el pan, reto la carne  
reto el agua, reto el vino,  
á las aves de los vientos,  
á los peces de los rios.  
A cuanto os sustenta reto,

y en el campo desafío  
al que á defender se atreva,  
que Zamora no ha sabido  
en tan villana traicion,  
y en tan infame delito.

**ARIAS.** Don Diego Ordoñez de Lara,  
en lo que ahora habeis dicho  
hablastes como valiente,  
pero no como entendido.  
En lo que hicieron los grandes  
¿qué culpa tienen los chicos?  
¿Y qué merecen los muertos  
en lo que hicieron los vivos?  
¿Y qué han culpado en Zamora  
calles, plazas, edificios?  
¿Qué saben de sentimientos  
los que no tienen sentidos?  
¿Sabeis cómo está ordenado  
y por ley establecido,  
que el que retare á consejo  
ha de matarse con cinco?

**DIEGO.** Ya lo sé, y con cinco mil  
á matarme me apercibo;  
mañana en saliendo el sol  
sustentaré lo que he dicho  
en el campo, si es que salen  
esos cinco.

**ARIAS.** Yo y mis hijos  
moriremos por Zamora.

**DIEGO.** Bien decis, pues yo me obligo  
á mataros.

**ARIAS.** Dios lo sabe,  
y el responder á esos brios  
para mañana dilato.

**DIEGO.** A mi espada lo remito:  
y á vos, por quien pienso ser  
instrumento del castigo.

(Log dos versos postreros los dice Don Diego mirando al crucifijo y vase, Arias Gonzalo éntrase de la muralla.)

ESCENA IV.

Toledo. Decoracion de jardin del Alcázar.

Salen el Rey D. ALONSO y ZAIDA.

- ZAIDA Alonso, ¿qué te parecen los jardines de Toledo?
- REY. Que envidia tenerlos puedo de que tus plantas merecen.
- ZAIDA ¡Qué trascendentes olores! ¡Qué cristalinas corrientes! ¡no regalan estas fuentes. No consuelan estas flores, ¿no divierte esta verdura?
- REY. Todo alegra el corazon, y mas las fuentes, qué son espejos de tu hermosura.
- ZAIDA Bien tu amor me lisonjea.
- REY. Pues, señora, ¿has de pensar que á mi me puede alegrar cosa que tuya no sea? Este agrado universal da darnos Flora en su falda á pedazos la esmeralda, y desatado el cristal: estos árboles con brios, estas flores á manojos, todo ha de verse en tus ojos para lucir en los míos. Tú fuiste despues del cielo en este destierro mio gobierno de mi albedrío, de mis trabajos consuelo. Y fué tantos intereses del alma tu rostro bello, que fuiste en fin todo aquello que me importaba que fueses.
- ZAIDA. A menos puedes creer, que para verte servid



ya que todo no lo he sido,  
todo lo quisiera ser.

REY. Eres toda mi alegría  
nunca á mis ojos ausente:  
una cosa solamente  
te falta para ser mia,  
que es tener cristiano el ser.

ZAIDA. Solo no puedo por ti  
ser cristiana.

REY. ¿Cómo así?

ZAIDA. Porque por mí lo he de ser.  
Conoci la ceguedad  
de mi ley, y la he mudado;  
y así, aunque por ti he llegado  
á conocer la verdad.  
Pues se ha fraguado en mi pecho  
acto tan libre, no es justo,  
decir que fué por tu gusto  
lo que ha sido en mi provecho.

REY. ¡Qué influencia, qué ventura  
causó tan dichoso efeto,  
como ver en un sujeto  
tu discrecion y hermosura!  
Solo en ti sola conviene  
hermosura y discrecion.

ZAIDA, ¡Ay Alfonso! Alimaimon  
con sus morabitos viene.  
Y como sospecha en fin,  
que llegamos á querernos,  
parecerle ha mal el vernos  
en lo oculto del jardin:  
para escusar en mi daño  
la pena del qué dirán,  
la sombra de este arrayan  
lo ha de ser de ncestro engaño.  
Aquí te finje dormido,  
por escusar el calor  
de la siesta.

REY. En nuestro amor  
esto solo habrá fingido.

(Entrase en un arrayan, que ha de haber, y pónese como dormido. Salen el Rey Alimaimon y dos Morabitos viejos).

ALIMAIM. Bella es Toledo.

MOR. 1. Es famosa.

MOR. 2. A tener tan buena estrella  
como es fuerte y como es bella,  
no estuviera peligrosa.

ALIMAIM. ¿Peligrosa? Algun recelo  
me das.

MOR. 1. Bien puedes temer.

ALIMAIM. ¿Toledo se ha de perder?

MOR. 2. Así está escrito en en el cielo.  
Mas tu cuidado y prudencia  
vencerá á la astrología;  
porque es la sabiduría  
mas fuerte que la influencia.

ALIMAIM. ¿No está Toledo fundada  
en lugar tan eminente?  
¿No hacen su moro y su gente  
inespugnable su entrada?  
¿No es fuerte la menor torre  
de su alcázar?

MOR. 1. Pues conviene.  
oye la falta que tiene,  
mira el peligro que corre.

REY. Esta plática en que asisto (Aparto.)  
podrá importarme despues.

ZAIDA. Casi, casi entre los piés (Aparto.)  
le tienen, y no le han visto.

ALIMAIM. Adviertes notablemente.

MOR. 2. Aunque es Toledo invencible,  
tiene el socorro imposible  
de bastimento y de gente.  
Y asi á la larga cercada,  
por hambre se ha de perder;  
que mas cruel suele ser  
que la lanza y que la espada.

ALINAIM. Habla bajo, porque el viento  
tiene voz y tiene oido.

REY. No es malo estar advertido. (Aparto.)

ALIMAIM. En mi cerrado aposento

- de cosas tan importantes  
fuera bien que me trataras.
- MOR. 1. Bien adviertes, bien reparas,  
y si me advirtieras antes,  
yo tuviera...
- (Vánse entrando y ven á Alfonso dormido).
- ALIMAIM. ¿Es el cristiano  
Alfonso?
- MOR. 2. La lengua muda.
- MOR. 1. Con lo que ha oído, no hay duda  
que está Toledo en su mano,  
si te quiere ser traidor.
- ALIMAIM. Prenderélo.
- MOR. 2. Bien harás.
- MOR. 1. Por asegurarte más,  
matarle será mejor.
- REY. ¡Ay de mí! yo soy perdido. (Aparte.)
- ZAIDA. ¡Ay mi Alfonso!
- REY. ¿Qué haré, pues?  
¿Hablaréles? Mejor es (Aparte)  
el fingir que estoy dormido.
- ALIMAIM. Iré contra el juramento  
y palabra que le dí,  
si es que le mato.
- ZAIDA. ¡Ay de mí!  
Mataráme el sentimiento. (Aparte.)
- ALIMAIM. ¿Si duerme?
- ZAIDA. Yo estoy muriend  
en viendo acero desnudo,  
seré de su pecho escudo.
- ALIMAIM. No lo habrá oído durmiendo.  
Téngole mucha afición,  
y no le podré matar.
- MOR. 2. ¿Y es razon aventurar  
tu reino!
- ALIMAIM. Tienes razón.  
Llegad, matadle.
- ZAIDA. ¡Oh Alá!
- ALIMAIM. Espera.
- ZAIDA. ¡Yo soy perdida! (Aparte.)

REY. Peligro corre mi vida. (Aparle.)

ALIMAIM. Durmiendo, durmiendo está.

Dejadlo; si no durmiera,  
temiendo su muerte clara,  
sin duda se levantara,  
sin duda se defendiera,  
A lástima me provoca:  
quíerole bien.

MOR. 1.

Haz mirar,  
si está mojado el lugar  
adonde tiene la boca;  
que es evidente señal  
dé que el sueño es muy pesado.

REY.

Yo haré que le hallen mojado, (Aparte.)

ZAIDA.

¡Ay cuitada! (Aparte.)

REY.

¡Estoy mortal!

MOR. 2.

Mojado está, llega á vello.

ALIMAIM.

No hay que temer.

(Mirando todos.)

MOR. 1.

Mas, señor  
advierte...

Con el temor  
se me levanta el cabello.

(Tocándole el cabello uno de los morabitos, se le levanta.)

Que el cabello que levanta  
en su cabeza, es corona,  
y no sé como perdona  
su cuchillo á su garganta.  
Que ha de ser rey de Toledo  
me dice á voces la ciencia;  
llega, harás una esperiencia.  
¡Muerto soy! (Aparece.)

ZAIDA.

¡Muriendo quedo! (Aparte.)

MOR. 2.

Haz á tu mano humillarse  
su cabello levantado.

(Pasándole el rey la mano por encima del cabello, se baja, y luego vuélvesele á levantar.)

¿Ves que apenas le has bajado,  
cuando vuelve á levantarse?  
¿Dues ¿en qué reparas ya?

Si no le mandas matar,  
en Toledo ha de reinar  
Alfonso.

ALIMAIM. ¡Válgame Alá!  
Con este acero probar  
como con la mano, quiero  
si baja el pelo.

(Sale Zaida y pónese de ante el rey, que había echado mano a su alfanje para Alfonso.)

ZAIDA. Primero  
Por mi pecho ha de pasar.

ALIMAIM. ¿Qué os va á vos, sobrina mia,  
en esto?

ZAIDA. Vame, señor,  
el estimar tu valor,  
que es tan mio.

REY. ¡Ay, mi alegría!

ZAIDA. Si está Alfonso en confianza  
de tu palabra en tu tierra,  
¿es fundarse en buena guerra  
tu justicia y tu venganza,  
el matarle así á traición?  
Y yo, tío, ¿he de tener  
por justo el verte perder  
la alabanza y la opinion?  
¿Primero quiero morir  
á tus manos.

No hay dudar;  
mas que no quise matar  
al cristiano, has de advertir.  
Pues solo quise, admirado  
de tan notable extrañeza,  
probar yo, si en su cabeza  
el cabello levantado,  
que no se humilló á mi mano,  
se domeñaba á mi acero;  
pero ya ni aun eso quiero,  
pues quiero tanto al cristiano,  
que es su vida propia mia.  
Después quiero aprisionarlo. (Aparte.)

MOR. 2. Si haces yerro en no matarlo  
verá Toledo algun dia.

(Váanse el rey y los morabitos.)

ZAIDA. ¡Gracias á Alá, que mi bien  
de tan gran peligro sale!

REY. Por muchos amigos vale  
la mujer que quiere bien.

ZAIDA. Levanta, mi Alfonso amado,  
y del peligro te aleja.

REY. Mi querida Zaida, deja  
que bese lo que has pisado:  
que mas méritos arguyo  
de tu calidad inmensa.

ZAIDA. ¿Qué hice por tu defensa  
en dar un pecho que es tuyo?

REY. Tú eres mi seguro puerto.

ZAIDA. No sé si ahora lo está.

(Sale Peranzules con unas cartas, dáselas á Alfonso.)

REY. ¿Peranzules?

PERANZ. Señor, ya.

Nuestro rey don Sancho es muerto.

REY. ¡Válgame Dios! ¡que he perdido  
mi hermano! el alma lo siente.

PERANZ. Por estas más largamente  
puedes saber cómo ha sido.  
Pero con más brevedad  
le importará á tu persona  
el partir por la corona  
que heredaste.

ZAIDA. Así es verdad.

REY. ¿Y cómo en confusion  
podré escaparme de aquí?

ZAIDA. ¡Fiando, Alonso, de mí  
la industria y la prevencion.

REY. ¿Mas he de serte cruel?  
¿Qué dices, mi sol divino?

ZAIDA. Que te haré llano el camino,  
como te siga por él.

REY. Adoro tal pensamiento.  
 ZAIDA. Emprendo tan grande hazaña  
 REY. Tú serás Reina de España.  
 ZAIDA. Con ser tuya me contento.

## JORNADA TERCERA.

### ESCENA I.

Sala en el Alcázar de la Infanta.—Zamora!

Salen ARIAS GONZALO y sus cuatro hijos PEDRO, DIEGO, RODRIGO y GONZALO, armados todos cinco

ARIAS. Ya, Pedro, sois caballero.

PEDRO. Tu bendicion á tus piés  
 me animo, imitarte espero;  
 pues tengo como el arnés,  
 el pecho tambien de acero.

ARIAS. De mi mano estais armados  
 los cuatro.

RODRIGO. Danos, señor,  
 la bendicion.

ARIAS. Sed honrados  
 para que imiteis mejor  
 el valor de mis pasados.  
 A morir, si no á vencer,  
 hoy los cinco habemos de ir,  
 y yo el primero he de ser:  
 seré el primera al morir,  
 pues fui el primero al nacer.

DIEGO. Eso, mi padre, seria  
 mengua nuestra.

GONZALO. Y por tu cuenta  
 nuestra afrenta correria.

RODRIGO. Mira, señor, que es afrenta  
 de mis hermanos y mia.

PEDRO. ¿Tan poca seguridad

- tienes de nuestro valor?  
 RODRIGO. ¿Y tan poca autoridad  
 tiene mi opinión, señor?  
 ARIAS. No me repliqueis, callad.  
 ¿Soy muerto yo? ¡Cielo santo!  
 ¡oh lo que tarda en salir  
 el sol! pero no me espantó:  
 teme que lo han de partir,  
 y por eso tarda tanto.  
 Sol hermoso, alegre el día,  
 y, contrapuesto al ocaso,  
 logra la esperanza mía.  
 Lo que te detiene el paso  
 ¿es pereza ó cobardía?  
 ¿Hay cosa que te acobardo?  
 ¿Por qué me consuelas tarde?  
 De tí me quiero quejar.  
 Cuando salgo á pelear  
 ¿es razón que estés cobarde?
- RODRIGO. Mucho, padre, has madrugado.  
 DIEGO. Sospecho que no has dormido.  
 ARIAS. Hijos míos, el honrado  
 mientras se siente ofendido,  
 ha de vivir desvelado.  
 Ponerme las armas quiero.
- GONZALO. Aquí están.  
 ARIAS. Y podrá ser  
 que salga el sol más ligero,  
 con la vanidad del ver  
 sus reflejos en mi acero.  
 (Sale Doña Urraca.)
- URRACA. ¿Arias Gonzalo?  
 ARIAS. ¿Señora?  
 URRACA. Padre, señor.  
 ARIAS. A vencer  
 ó morir me parto ahora;  
 yo el primero he de volver  
 por tu honor y por Zamora.
- URRACA. ¿Y eso es justo en ocasion,  
 que están tu hijos delante?



- ARIAS. Mientras vivo no es razon  
que deje de ser Atlante  
yo mismo de mi opinion.  
Dadme esas armas.
- URRACA. Dejad  
de hacer tan notable esceso:  
sustenta mi autoridad,  
padre del alma, que es peso  
más conveniente á tu edad:  
y perdona, si te doy  
pena en esto.
- ARIAS. De que así  
me trates, corrido estoy;  
pues si no soy lo que fui,  
aun es algo lo que soy.  
La lanza puedo empuñar,  
y á bien poco te prometó,  
que saliendo á pelear,  
despues de pasado el peto,  
la rompi en el espaldar.  
Manos tengo, y si me halle  
con la gota, esto no es  
ocasion para escusallo.  
pues á falta de dos piés  
cuatro me dará un caballo.  
Demás de que no pudiera  
escusarme, cosa es clara,  
aunque tan sin ser me viera,  
que de morir acabara,  
ó por nacer estuviera;  
pues que con tanta osadía  
don Diego á los por nacer  
y á los muertos desafia.
- URRACA. Padre, pues cinco han de ser,  
sé el postrero.
- ARIAS. No, hija mia.
- URRACA. No, señora.
- URRACA. ¿Cómo no?
- ARIAS. Supuesto que me habilito  
para salir...
- URRACA. ¿Quiérel tal vida?

ARIAS. Mi opinion desacredito,  
no siendo el primero yo.  
Si mis hijos donde quiera  
me dan el primer lugar,  
que yo el postrero escogiera,  
cuando salgo á pelear,  
sobardía pareciera.  
Dáme el peto y espaldar,  
que ya mi sangre alterada  
hiérve en mi pecho.

URRACA. ¿Dejar  
me quereis desamparada,  
cuando me acaba el pesar?  
¿Cuando en tanta confusion  
recelo tanto los tiros  
de esta sangrienta ocasion,  
que hasta mis propios suspiros  
pienso que gigantes son?  
¿Cuando más he menester  
tu favor, sola me dejas?  
Vuelve, y echarás de ver  
mis lágrimas y mis quejas,  
que á un monte pueden mover.  
Acuérdate que Fernando  
mi padre y tu rey, muriendo  
te llamó, y agonizando  
dijo: A Urraca te encomiendo;  
y respondiste llorando:  
Yo te prometo, señor,  
de nunca desamparalla.  
En cumplir esto, mejor  
que en salir á la batalla,  
acudirás á tu honor.

ARIAS. Infanta, á morir provoca  
tu queja y tu sentimiento;  
y ya advierto que en tu boca  
es tu ruego mandamiento,  
y obedecérlo me toca.  
Mas oye, escucha y repara  
en lo que decirte quiero:  
á mis hijos enviara,

mas es bravo caballero  
 don Diego Ordoñez de Lara.  
 Y aunque fuertes caballeros  
 son mis hijos (¡ay de mí!)  
 temo mucho sus aceros,  
 y así los golpes primoros  
 quiero que ejecute en mí.  
 Que aunque mis intentos buenos  
 no saquen de esta jornada  
 otra cosa, por lo menos  
 embotando en mí su espada  
 cortará en mis hijos menos.  
 Recelo el verlos morir  
 á sus manos.

- URRACA. ¡Qué pesar!
- ARIAS. Salir quiero á combatir,  
 pues me promete el quedar  
 mayor pena que el salir.  
 ¡Ay mis hijos!
- URRACA. ¡Y no son  
 tan de hija estos abrazos!
- ARIAS. Lastimanme el corazon.
- URRACA. No saldrás de entre mis brazos,  
 Atlante de mi opinion.
- ARIAS. No tengo qué responder,  
 porque á tan fuerte mandar  
 es mengua no obedecer.
- URRACA. Tus manos quiero besar.
- ARIAS. Hijos, morir ó vencer.
- RONZALO. Por la edad me toca á mí  
 ser primero.
- RODRIGO. Yo saldré,  
 que tantas veces sali  
 vencedor.
- ARIAS. Si merecí  
 ser dichoso, yo seré.
- PEDRO. De hoy armado caballero  
 con más ocasion te obligo.
- ARIAS. ¡Qué de cosas considero!  
 El más valiente es Rodrigo, (Aparto.)  
 mas es el que yo más quiero;

Pliego 2

y querríale escusar,  
 hasta que á más no poder  
 le tenga de aventurar.—  
 El mayor habia de ser  
 el primero en pelear;  
 pero, pues se ha derogado  
 en mí esa ley, los menores  
 irán primero.

PEDRO. Hasme dado  
 mil glorias.

ARIAS. Y mil temores  
 en el alma me han quedado.

RODRIGO. Notablemente me aflijo,  
 señor, de tus estrañezas.

ARIAS. Callad, pues á Pedro elijo;  
 con notable hazaña empiezas  
 á ser caballero, hijo.

Por tu patria y tu honor vas  
 al campo, no hay temer,  
 que sin duda vencerás:  
 piensa que vas á vencer,  
 pero no discurras mas  
 porque resuelto á salir  
 no tienes mas que pensar,  
 que es dañoso el discurrir:  
 pues nunca acierta á matar  
 quien teme que ha de morir.

URRACA. Tan gran valor no se halla  
 en la tierta.

RODRIGO. Todo es fuego.  
 ¡O lo que siente quien calla!  
 (Tocan dentro una trompeta.)

ARIAS. Ea, hijos, ya Don Diego  
 hace señal de batalla.  
 Una y dos veces replica  
 la trompeta. ¡Ah, quién pudiera  
 salir! Mis males publica,  
 sobradamente me altera;  
 ¡qué daños me pronostica!  
 Van. ¿ondréte la celada:

- ¡Tiemblas, hijo? Espera, tente.  
 PEDRO. No es cobardía.  
 ARIAS. No es nada,  
 bue siempre tiembla el valiente  
 antes de sacar la espada.  
 PEGRO. Padre, confianza ten,  
 de mi fuerza y de mi brio.  
 ARIAS. Llégate, llégate bien,  
 llévate este aliento mio,  
 y esta bendicion tambien..  
 URRACA. Tengo el alma enternecida.  
 ARIAS. Por tí quedo sin juicio.  
 URRACA. A tus brazos iré asida.  
 ARIAS. Este es el mayor servicio,  
 que pude hacerte en tu vida. (Váase.)

## ESCENA II.

Delante del andamio de Zamora.

Salen dos soldádos.

- SOL. 1. No puedo dejar de ver  
 la batalla, aunque lo siento.  
 SOL. 2. Hasta el sol está sangriento;  
 sangriento el día ha de ser.  
 SOL. 1. El mirar la empalizada  
 la sangre al pecho retira.  
 SOL. 2. ¡Y qué de gente la mira  
 atónita y admirada!  
 Hombres y piedras se imitan  
 en el callar.  
 SOL. 1. ¡Quién vió tal?  
 A silencio general  
 unos á otros se incitan.  
 (Salen los Condes Nuño y García, y sientanse en las sillas.)  
 NUÑO. No ví tal gran suspension.  
 GARCÍA. Ni temí tan triste día.  
 SOL. 2. Les Condes Nuño y García  
 se sientan; Juecos son.

- SOL. 1. ¿Cómo ese cargo no han dado  
al gran señor de Bivar?  
(Tocan atahuallos.)
- SOL. 2. No lo ha querido aceptar  
por no serlo apasionado.  
Pero allí está, ¿no le ves?  
Armado una tienda está.
- SOL. 1. Para Don Diego será.  
Es fiel del campo.
- SOL. 2. Así es.  
(Salen en el andamio de Zamora Doña Urraco y Arias Gonzalo.)
- ARIAS. Darás ánimo, señora,  
á mis hijos desde aquí.
- URRACA. Contra mi gusto sali.
- SOL. 1. Al andamio de Zamora  
llena de luto funesto.  
sale la Infanta.
- SOL. 2. Honraralo  
el buen viejo Arias Gonzalo,  
que á sus espaldas se ha puesto  
Hacia allí suena ruido.
- SOL. 1. Don Diego debe de entrar.
- SOL. 2. No nos faltará lugar,  
aunque tarde hémos venido, (Váase.)
- NUÑO. Con bravo denuedo ha entrado  
Don Diego Ordoñez de Lara.
- GARCÍA. Escrito tiene en la cara  
el valer que Dios le ha dado.
- URRACA. Con notable gallardía  
entra Don Diego.
- ARIAS. Es muy fuerte;  
es la imágen de la muerte: (Aparte)  
¡Ay hijos del alma mía!  
Es gallardo, es bravo y fiero.
- URRACA. Espanto pone el mirallo.  
¡Qué bien se pone á caballo!
- ARIAS. Es famoso caballero.  
Es un fuerte castellano,  
¡ah señora, que tú has hecho,  
tan á costa de mi pecho,

que no me oponga á su mano!  
 ¡Cuánto diera por ser yo  
 el primero que saliera,  
 á donde mi muerte viera,  
 y la de mis hijos no!

URRACA. De que se apee, me espanto,  
 don Diego.

ARIAS. ¡Infelice soy!  
 Y yo reventando estoy  
 de que Pedro tarde tanto.

(Salen el Cid y don Diego.)

CID. A mí me ha tocado el ser  
 fiel del campo.

DIEGO. A mí en rigor  
 me toca el ser vencedor.  
 Mi justicia ha de vencer,  
 y con esta confianza  
 salgo al campo á pelear.

CID. Mucho aprovecha el fundar  
 en justicia la venganza.

DIEGO. Pues cinco contrarios son  
 los que yo á vencer me obligo  
 plantar por cada enemigo  
 injero en la tierra un baston.

CID. Don Diego, estarlos plantando  
 ¡qué misterio representa?

DIEGO. Para no perder la cuenta  
 de los que fuere matando.  
 Y así quiero á cada vida  
 que quite, al aire arrojar  
 un baston.

CID. Baste tocar  
 la vara que está tendida  
 en el campo, si salieres  
 vencedor, y vé á vencer.

DIEGO. Las dos cosas pienso hacer.

CID. Eso será si vencieres.

DIEGO. Justicia definiendo ahora,  
 y hará mi vida inmortal.

(Hacen señal dentro.)

- URRACA. ¡Qué temerosa señal!  
 ARIAS. Este es mi hijo, señora.  
 Bien se pone, brio tiene,  
 ¡ay hijo! vuelve á mirallo.  
 CID. Ven á ponerte á caballo,  
 que ya tu contrario viene.  
 DIEGO. Con valor y sin recelo  
 iré á quitarle la vida,  
 pues que la sangre vertida  
 de mi Rey clama en el cielo.  
 (Vánse el Cid y don Diego.)  
 ARIAS. Ya saludando á tu alteza  
 aprieta el peto al arzon.  
 URRACA. Dale tú la bendicion  
 mientras baja la cabeza.  
 ARIAS. Ya lo hago, y tú le haz  
 merced que le infunda brio.  
 URRACA. Fuego del alma le envío.  
 ARIAS. Denuedo tiene el rapaz.  
 Quién experiencia le diese  
 para engaste del valor!  
 URRACA. Tú le verás vencedor.  
 ARIAS. ¡Ah, señora, si venciese!  
 NUÑO. Igualmente han parecido  
 en lo galan.  
 GAROÍA. Y en lo fuerte  
 lo son: con cuidado advierte,  
 que ya el sol les han partido.  
 ARIAS. Ya les dan lanzas: hólgara  
 que el padrino le advirtiera,  
 de que una lanza escogiera,  
 que como un roble pesara;  
 porque cuanto mas pesada,  
 va en el ristre mas segura.  
 URRACA. El cielo le dé ventura.  
 ARIAS. Ya le calan la celada.  
 Dios te guie.  
 (Asómase mucho Arias.)  
 URRACA. De mirallo



me desmayo, ¡triste calma!  
¿Dónde vas?

ARIAS. Llévanme el alma  
entre los pies del caballo.  
donde la guía el cuidado,  
el descuido me abalanza.  
¡Oh qué bien rompió la lanza!

URRACA. Terrible encuentro se han dado.

GARCIA. Las lanzas hechas astillas  
verá la esfera abrasadas.

NUÑO. Ya sacaron las espadas.

ARIAS. Hará Pedro maravillas.

URRACA. ¡Dios le guarde!

NUÑO. Qué reñida  
es la lid.

ARIAS. ¡Ah, quién pudiera  
ser su impulso! yo le diera  
mas á tiempo aquella herida.  
Con mayor brio desea  
Pedro volver por Zamora;  
pero don Diego, señora,  
con mas acuerdo pelea.

URRACA. ¿Y eso es ventaja?

ARIAS. En rígon  
de no poca diferencia,  
que en las armas la esperiencia  
es mas fuerte que el valor.  
Muerto es Pedro.

URRACA. ¡Ay desdichada!  
Causólo mi poca dicha.

ARIAS. ¡Válgame Dios! mi desdicha  
lleva don Diego en la espada.

GARCIA. Venció el de Lara.

NUÑO. Es muy fuerte,  
dióle dos golpes extraños  
al pobre jóven.

GARCIA. Sus años  
se llevó en agraz la muerte.

URRACA. Mi malograda esperanza  
sangre por mis ojos llora.

ARIAS. Mira que impides, señora.

con el llanto la venganza.  
 Demas que no hay que llorar  
 á quien muere honradamente;  
 la pena que el alma siente  
 me importa disimular:  
 no digan, pues soy honrado,  
 que como mujer me affijo.

(Sale don Diego Ordoñez de Lara y el Cid. Saca don Diego un baston del suelo, y dice.)

DIEGO. Don Arias, envía otro hijo,  
 que este ya tiono recado.

ARIAS. Ya te lo estoy previniendo.

DIEGO. Y yo lo estoy esperando.

ARIAS. Don Diego, venas matando,  
 pero no affijas diciendo.

URRACA. Mas valiente que pladeso  
 y cortés eras, don Diego.

DIEGO. Vengo á mi rey, estoy ciego  
 de cólera, estoy furioso.

CID. Si, mas en esta jornada  
 advierte, por vida mia,  
 que nunca la cortesia  
 quitó la fuerza á la espada.

DIEGO. Rígor haya solo en quien  
 sigue yenganza tan liera.

CID. Ven, descansa.

DIEGO. Si estuviera  
 cansado, dijeras bien.

CID. Pues ven, y espera á caballo  
 al enemigo segundo.

DIEGO. En eso solo me fundo:  
 Ola, denme otro caballo.

(Yanse el Cid y don Diego, y sale Diego Arias y se arrodilla á los pies de su padre pidiéndote la mano.)

ARIAS. Diego Arias, mi bandiolen  
 recibo,

HERNAN H. Dame la mano.

ARIAS. Con la muerte de tu hermano  
 das mas fuerza á tu razon.  
 Como caballero honrado

hizo eterna su alabanza,  
 vé á pagarle en la venganza  
 el ejemplo que te ha dado.  
 Sosiega la fortaleza,  
 pues te enseñó á costa mia,  
 que venció la valentía  
 don Diego con la destreza.  
 Vé, hijo, y para imitallo  
 en el valor y en la suerte,  
 cuando peleés, advierte,  
 que el que pelea á caballo  
 no basta que en la estacada,  
 sin ser diestro, fuerte sea;  
 pues con las riendas pelea,  
 con la espuela y con la espada.

Y como en saberlo hacer  
 consista el ser vencedor,  
 más acuerdo que valor  
 le importa para vencer.  
 Tú, hijo, acordadamente  
 emplea manos y piés,  
 con la cólera no des  
 las heridas ciegameute.  
 No tires golpe jamás,  
 aunque te cieguen las iras,  
 sin mirar adónde tiras,  
 y saber adónde das.

Busca á la espada camino;  
 que más vale en la ocasión  
 un golpe con intencion,  
 que muchos con desatino.  
 Y vé, que por mí has tardado,  
 pero disculpado estoy,  
 pues muerto Pedro, te doy  
 consejos de escarmentado.

ARIAS h. Y tú, señora...

JRRACA.

Yo, Diego,  
 mal llorando te hablaré:

Vé con ánimo.

ARIAS h.

Yo iré  
 lleno de llanto y de fuego. (Vase.)

PLA

- NUÑO. Es única maravilla  
 el
- GARCÍA. Tienes razon:  
 apenas tocó el arzon,  
 cuando se puso en la silla.
- NUÑO. ¡Qué bien se pone á caballo!
- GARCÍA. ¡Qué gallardo es el overo  
 que mudó!
- NUÑO. Tal caballero  
 merece tan buen caballo.
- GARCÍA. Debe de ser una pluma,  
 si la espuela le provoca.
- NUÑO. Por los ojos y la boca  
 arroja fuego y espuma.
- GARCÍA. Gallardamente procura  
 ser simbolo de la guerra;  
 parece que abre la tierra,  
 cuando sienta la herradura.
- NUÑO. El segundo combatiente  
 viene ya.
- ARIAS. Ya viene Diego.
- GARCÍA. Con brio sobre sosiego  
 parece bien.
- NUÑO. Es valiente.
- URRACA. Aprovechó la licion,  
 reportado muestra el brio,  
 yo le animo.
- ARIAS. Y yo le envio  
 las alas del corazon.  
 ¡Ay mis hijos! pues no hay dolo  
 en mi razon, gran consueño  
 será contentarse el cielo  
 de cinco con uno solo.  
 (Tocan una trompeta)
- ¡Dios te guarde!
- URRACA. ¡Qué estrañeza!  
 ¡Qué horror! estoy sin sentido.
- ARIAS. Con el encuentro ha perdido  
 del arnés la mejor pieza.  
 Gallardamente acomete

con la espada, pero está  
desarmado; segun va,  
desastrado fin promete.  
Guarte, guarte, (¡ay, hijo) muero:  
que Don Diego, sin tirarte,  
te va buscando la parte  
donde te falta el acero.  
¡Ay fortuna! ya le ha hallado,  
ya dos hijos he perdido,  
el uno por no advertido  
y el otro por desdichado.

JRRACA. ¡Jesus! terrible rigor

de mi desdichada suerte!  
Pero ya el alma convierte  
Esta lástima en furor.

NUÑO. Aún no muestra estar cansado  
Don Diego.

GARCÍA. Es hombre de acero.

(Salen Don Diego y el Cid.)

DIEGO. Don Arias, envia el tercero,  
que el segundo he despachado.

(Sale arriba Rodrigo Arias y dice.)

RODRIGO. Ya va, Don Diego, ya va.

DIEGO. Ya te aguardo, ya te aguardo.

CID. El valiente, aunque gallardo,  
habla menos.

DIEGO. Bien está.

RODRIGO, Padre, ya tengo abrasada  
toda el alma por salir.

DIEGO. Ven, y acaba de teñir  
la guarnicion de mi espada.

CID. ¿No adviertes que contradice  
al mucho hacer, mucho hablar?

DIEGO. Bien le pueden perdonar  
al que hace lo que dice:  
ola, otro caballo.

(Vánse el Cid y D. Diego.)

ARIAS. No  
hay más paciencia, Rodrigo:

yo quiero salir contigo  
 á ser tu padrino yo.  
 Y así en el trance feroz  
 más cercano, más violento,  
 alcanzaráte mi allento.  
 y animaráte mi vcz.  
 Dame licencia, señora,  
 para esto.

URRACA.

Justo es;  
 que ya, Gonzalo, no es  
 tiempo de terneza ahora.  
 Tan grande rigór me alcanza,  
 que enjugo con estrañeza  
 el agua de la terneza  
 al fuego de la venganza.  
 Ya no con tiernos enojos  
 puedo llorar, y sospecho  
 que me ha endurecido el pecho  
 tu sangre, que está en mis ojos;  
 tanto que aunque soy mujer,  
 si mi honor no lo impidiera,  
 yo por vengarte saliera  
 á pelear y á vencer.

ARIAS.

Señora, dame las manos  
 por merced tan singular.

URRACA.

Ea, Rodrigo, vé á vengar  
 con tu padre á tus hermanos.

RODRIGO.

A eso voy, y ten por cierto,  
 que no temo al enemigo.

ARIAS.

Y para vengar, Rodrigo,  
 los hermanos que te han muerto,  
 en la espada y en la mano  
 de tu contrario valiente  
 mira la sangre inocente  
 de un hermano y otro hermano.  
 El alma pon en tu honor,  
 en la furia tus enojos;  
 abre al peligro los ojos,  
 y cierra el pecho al temor.  
 Ponte seguro á caballo,  
 a Dios primero te humilla,

y afirmándote en la silla,  
 á tiempo pica el caballo.  
 Lleva la lanza segura,  
 esgrime diestro la espada,  
 aunque todo importa nada,  
 si es que te falta ventura.

RODRIGO. Ya eso parece dudar  
 en lo que tengo de hacer.  
 ¿No sabes que sé vencer?  
 ¿No sabes que sé matar?  
 ¿Fuerte el mundo no me llama  
 a costa de tantas vidas?  
 Si de lo que soy te olvidas,  
 preguntaselo á mi fama.  
 Vamos, que corrido estoy  
 de que en mi valor dudaste:  
 tú, padre, que me engendraste,  
 sabes ménos lo que soy.  
 Confiate de mis manos,  
 en mi tu venganza espera;  
 y ¡ojalá que yo saliera  
 primero que mis hermanos!

ARIAS, Mi eleccion sin duda erró,  
 pues tú mejor pelearas.

RODRIGO. Y dos hijos te escusaras,  
 á ser el primero yo.

ARIAS. Ea, hijo. A Dios, señora. (Váase.)

URRACA. Sin corazon me han dejado.  
 ¡Qué de sangre me has costado,  
 ay infelice Zamora!

NUÑO. Que apenas descansa, advierte,  
 don Diego Ordoñez de Lara.

GARCÍA. Aunque un monte lo engendrara,  
 no pudiera ser más fuerte.

NUÑO. A Rodrigo Arias le toca  
 esta tanca.

GARCÍA. Así es verdad  
 tiene gran autoridad  
 su opinion.

NUÑO. Con todo es poca,

- para lo que es de valiente  
con la lanza y con la espada.
- GARCÍA. Ya se previene su entrada,  
pues se alborota la gente.
- NUÑO. Su padre le padrinea,  
y el fuego en su honor atiza.
- URRACA. ¡Qué bien Gonzalo autoriza  
el oficio en que se emplea!  
¡Ay Jesus! ¡Podrélo ver?  
Bravo encuentro: el horizonte  
atronó, como si un monte  
acabara de caer.  
Horror es verlos y oillos  
herirse con las espadas:  
ayunques son las celadas,  
y las espadas martillos.  
Iguales son en valor.
- NUÑO. No vi batalla en mi vida  
mas igual y mas reñida.
- URRACA. ¡qué recelo, qué dolor!
- NUÑO. ¡Qué bien combaten!
- URRAIA. ¡Qué pena!
- GARCÍA. Ninguno en la fuerza afloja,
- URRACA. Ya los dos con sangre roja  
tiñen la menuda arena.  
Si con mi llanto te obligo,  
cielo, templa mi cuidado,  
terrible golpe le ha dado  
el de Lara á mi Rodrigo:  
derribóle la celada,  
y haciendo dos de una pieza,  
le dejó cara y cabeza  
toda en su sangre bañada.  
¡Con qué desesperacion  
quiere vengarse! De un tajo  
le partió de arriba abajo  
cabeza, riendas y arzon  
al caballo de Don Diego.  
Huyendo á los vientos sigue,  
y Rodrigo los persigue  
sangriento, turbado y ciego.



NUÑO. De la estacada ha salido.

GARCÍA. El caballo le sacó.

NUÑO. Y Rodrigo Arias cayó  
del suyo.

ARIAS. Desdicha ha sido.

(Sale Rodrigo Arias mortalmente herido, y tras él Arias Gonzalo.)

RODRIGO. He salido vencedor,  
padre.

ARIAS. A costa de mis penas.  
¡Ah cielo, y por cuántas venas  
ofrezco sangre á mi honor!

URRACA. A pié está Don Diego Ordoñez  
fuera de la empalizada,  
que en saltando del caballo  
le pasó de una estocada.

Para volver á la lid  
él un pié tiene en la raya.

(Dentro.) Ya es vencido, ya es vencido.

(Dentro.) Vuelva, vuelva la batalla.

RODRIGO. Vuelva, y aunque estoy sin vida,  
pelearé con el alma.

URRACA. Unos le tiran adentro,  
y otros le estorban la entrada

(Sale Don Diego.)

DIEGO. La culpa de mi caballo  
no se atribuya á mis armas;  
yo he vencido, pues maté  
mi contrario.

RODRIGO. Tente, Lara.

ARIAS. Mi hijo solo ha vencido,  
que ha quedado en la estacada.  
y el que otra cosa dijere,  
miente por medio la barba.

RODRIGO. Padre, muera quien lo dice:  
el ánimo no me falta  
aunque muero.

DIEGO. El mundo es poco  
para el rigor de la espada.

CID. Detente, Don Diego Ordoñez.

- espera, valiente Lara;  
 pues el fiel del campo soy,  
 yo defenderé tu causa.
- NUÑO. Tente, Don Diego.  
 GARCÍA. Don Diego.  
 oye.
- RODRIGO. ¡Padre!  
 ARIAS. ¡Hijo del alma!
- RODRIGO. ¡He vencido!  
 ARIAS. Si has vencido.
- RODRIGO. Muera yo, viva mi fama.
- URRACA. ¡Ah Jueces castellanos,  
 con rectitud esta causa,  
 según fueros de Castilla,  
 juzgad.
- NUÑO. Sí haremos, Infanta  
 y para hacerlo, á Don Diego  
 le mandamos que se vaya.
- URRACA. Arias Gonzalo, Rodrigo,  
 no me cabe en las entrañas  
 esa desdicha que miro;  
 voy á llorar mis desgracias (Vase.)
- DIEGO. Es justo.  
 CID. Vete, Don Diego,  
 que según los fueros mandan,  
 con mas acuardo es razon  
 dar al vencedor la palma.
- DIEGO. ¡Ay, infelice Don Diego,  
 que he sido afrenta de España!  
 Y estas riendas me han quedado  
 para lazo en mi garganta. (Vase.)
- RODRIGO. Padre, ¿he vencido? ¿he vencido?
- ARIAS. Famoso honrador de España,  
 venciste con el valor;  
 y mueres con la desgracia.  
 Lástima das con terneza,  
 y envidia con alabanza.  
 Solo un muerto vencedor  
 heroicamente juntara  
 la lástima con la envidia.  
 enemigas declaradas.

Yo tus hazañas envidio,  
y tu muerte no llorara;  
pero esta sangre que es mia,  
tierno iman de mis entrañas,  
llamando luego á mis ojos,  
derrite en nieve mis canas.

RODRIGO. Yo muero: padre, ¿he vencido?  
¡Don Diego Ordoñez de Lara  
espera!

ARIAS. A Dios te encomier  
hijo, hijo.

CID. Ya no habla  
el padre con el dolor,  
y el hijo...

RODRIGO. ¡Jesús! (Muere.)

CID. Acaba  
de espirar en este punto.

GARCÍA. Ayudémoslo a la carga,  
si no del pesar, del cuerpo  
que tiene en el cielo el alma.

CID. Honrado pariente mio,  
¿no te consuelas, no hablas?  
pero como hablar no puedes,  
para responder me abrazas. (Váase.)

### ESCENA III:

#### La tienda de Diego Ordoñez.

Sale don DIEGO ORDÓÑEZ arrojando las armas, con dos  
criados.

DIEGO. ¡Ay cielo, ah fortuna airada!  
Si tú contra mí te armas,  
¿para qué lucidas armas?  
¿para qué valiente espada?

CRIAD. 1. Todas las armas arroja.

CRIAD. 2. Y la tierra hace temblar.

DIEGO. Acabaráme el pesar,  
pues le ayuda la congoja.

Pliego

CRIAD. 1. Señor, que curar no mandes  
 tus heridas, no es razon.  
 DIEGO. Dejadlas, pequeñas son,  
 como mis desdichas grandes.  
 Dejadme solo, cerrad  
 la tienda, y no las heridas:  
 solo estas riendas partidas  
 en la mano me dejad. *Váanse los criados.*  
 Pondrélas á mi dolor,  
 para que imite al caballo,  
 pues que no pude parallo,  
 tan á costa de mi honor.  
 Con causa podrán culpar  
 mi desacordado ser;  
 pues no me dejé caer,  
 ni le acabé de matar.  
 con riendas el hombre sabio  
 suele enfrenar su pasion;  
 pero en mi estas riendas son  
 como espuelas de mi agravio.  
 Mal parece mi pesar  
 en mis victorias perdidas;  
 pero son riendas partidas,  
 y no le pueden parar.  
 ¿Qué dirán de mí, que he sido  
 tan incapaz de valor,  
 que saliendo vencedor  
 iba huyendo del vencido?  
 Si en mi disculpa despues  
 no dicen los castellanos,  
 que vencí con propias manos,  
 y huí con ajenos pies.  
 Dejadme (pues habeis sido  
 validas del tiempo ingrato)  
 á mis ojos un retrato  
 donde está mi honor perdido.  
*(Sale un criado, v hacen dentro ruido.)*

CRIAD. ¿Señor?

DIEGO. ¿Qué dices? ¿qué sientos?

CRIAD. En Zamora...

DIEGO. ¡Ay suerte mia!

CRIDAD. Con señales de alegría  
esparcen voces al viento.

DIEGO. ¿Qué será? Caí en la cuenta;  
Sin duda se declaró,  
que Rodrigo Arias venció,  
y se alegran con mi afrenta.  
Rodrigo, dichoso fuiste,  
como desdichado fui;  
pues matando no vencí,  
y muriendo me venciste.  
Poca fué la suerte mia,  
pues con mi valor no alcanza  
de un muerto rey la venganza,  
que por mi cuenta corria.  
Yo he sido afrenta de España:  
Iréme á desesperar.

(Sale el Cid.)

CID. ¿Dónde te quiere llevar  
tu resolución estraña?

DIEGO: A llorar mis afrentas, Cid famoso.

CID. ¿Tú afrentado, Don Diego, habiendo sido  
honra de España? La sentencia han dado.

DIEGO. ¿De qué suerte?

CID. A Zamora dan por libre,  
y á tí por vencedor.

DIEGO. ¿Y quedó honrado  
de esa suerte Rodrigo?

CID. Esos escrúpulos  
son muy propios, Don Diego, en los que pesan  
su honor con peso de oro: honrado quedas;  
y con tantas ventajas, que yo envidio  
hazañas tan famosas.

DIEGO. Dios te guarde:  
¿y qué se ha hecho del traidor Bellido?

CID. Condénanle al castigo merecido.  
Atan á cuatro colas de caballos  
los cuatro cuartos de su cuerpo infame,  
para que divididos y furiosos

- le hagan cuatro piezas, dando ejemplo  
á los demás vasallos.
- DIEGO. Justamente  
merece tal castigo tal delito.
- CID. ¡Y de eso se alegran en Zamora?  
Mayor causa tuvieron, que ha llegado  
nuestro Rey Don Alonso de Toledo.
- DIEGO. ¡Y cómo se escapó?
- CID. Notable industria:  
huyó con Peranzules, ayudado  
de la famosa Zaida; y ella viene  
con el gran Don Alonso á ser cristiana,  
y aun pienso que su esposa.
- DIEGO. Dicha grande  
tenemos todos con tan buena nueva:  
es Alonso gran Rey.
- CID. Ya van viniendo  
todos los Ricos-homes de sus reinos  
á darle la corona.
- DIEGO. Por derecho  
le toca á Don Alonso.
- CID. Pues es justo,  
vamos allá los dos.
- DIEGO. Y no tardemos,  
pues de ir volando obligacion tenemos (Vánse.)

## ESCENA IV.

Zamora. Sala en el Alcázar.

Salen DON ALONSO y ZAIDA, DOÑA URRACA, ARIAS  
GONZALO y PERANZULES.

- REY. Dicha fué grande.
- URRACA. Y al cielo  
gracias le podemos dar.  
Pues apenas dió el pesar,  
cuando previno el cor suelo.
- REY. Y ser instrumento pudo  
de esta merced, que me ha hecho,

quien puso desnudo el pecho  
 contra un alfanje desnudo,  
 para defenderme á mí,  
 que es mi Zaida.

URRACA. ¡Gran valor!

¡Gran belleza!

ZAIDA. Yo, señor,  
 lo que era tuyo te di.

REY. Yo soy tan tuyo, y estoy  
 con tal agradecimiento,  
 que no quedaré contento,  
 si mis reinos no te doy.

URRACA. Y yo ahora mis abrazos,  
 y despues le besaré  
 la mano.

ZAIDA. Tente, y pondré  
 á tus piés cabeza y brazos.

URRACA. Y si tú, hermano y señor;  
 con el alma agradecida  
 pagas deudas de la vida,  
 las que debo del honor,  
 ¿cómo pagarlas podré  
 á mi padre Arias Gonzalo?

REY. Un Rey, hermana, no es malo  
 por fiador, yo lo seré;  
 por tí pagaré, y por mí  
 nunca le podré pagar.

ARIAS. Los piés te quiero besar:  
 ¿cuándo, señor, merecí  
 esta merced?

REY. Déte el cielo  
 consuelo.

ARIAS. El ver de traidora  
 libre á mi patria Zamora  
 me ha servido de consuelo.

REY. Yo quedo muy obligado  
 á estimarte y á valerte.

ARIAS. Yo, señor, puedo ofrecerte  
 dos hijos que me han quedado.  
 A morir podré enviallos  
 por tí, pues conforme á ley

- son mayorazgos del Rey  
las vidas de los vasallos.
- REY. Eres ejemplo de honrados.
- ARIAS. Soy tu vasallo leal:  
pondré silencio á mi mal (Aparte.)  
á pesar de mis cuidados.
- REY. Regala á mi Zaida hermosa.
- URRACA. Téngola ya por hermana.
- REY. Y despues de ser cristiana,  
sera mia.
- ZAIDA. Soy dichosa.
- ARIAS. Señor, ya están con cuidado  
los Ricos-homès por verte.
- REY. Hazlo, hermana, de la suerte  
que lo tenemos tratado.
- URRACA. Sí haré.
- REY. Tú serás despojos  
del alma, Zaida querida.
- ZAIDA. A Dios, alma de esta vida.
- REY. A Dios, cielo de estos ojos.
- (Vanse las dos, y siéntase Alonso en su silla, y saleu todos, y pa-  
san haciéndole acatamiento, y vanse sentando en bancos.)
- ARIAS. Este es Don Diego de Lara,  
¡oh infelice Arias Gonzal  
pues del que mató á mis hijos  
veo la espada y la mano!  
No porque á venganza obligue,  
que el matarlos en el campo  
fué desdicha, y las desdichas  
si afligieron, no afrentaron.  
Y así la tierna memoria  
de mis hijos me ha obligado  
á lágrimas de dolor,  
y no á venganzas de agravio.
- REY. Pues el cielo ha permitido  
que mi hermano el Rey Don Sancho  
fuese á pisar sus estrellas,  
y yo soy del gran Fernando  
vuestro Rey hijo segundo,  
pcco tengo que exhortaros,



- que me presteis la obediencia,  
y comience Arias Gonzalo.
- ARIAS. Españoles valerosos,  
leoneses y castellanos,  
gallegos y vizcainos,  
montañeses y asturianos,  
¿Jurais á Alonso por Rey?
- TODOS Si juramos, si juramos.
- REY. ¿Don Rodrigo de Vivar  
cómo tú solo has callado?
- DID. Oye el por qué no te juro,  
pues no te ofendo, aunque callo.  
Señor, el vulgo atrevido  
locamente ha murmurado,  
que fui cómplice por ti  
en la muerte de tu hermano.  
Y para que bien se entienda  
con la verdad lo contrario,  
será bien satisfacerle.  
¿Cómo?

Poniendo la mano  
sobre un cerrojo de hierro  
y una ballesta de palo,  
y encima de la ballesta  
un Cristo crucificado.

(Sacan el cerrojo y la ballesta.)

- REY. Yo prestaré el juramento:  
¿Quién se atreverá á tomarlo?
- CID. Yo que no conozco al miedo.
- DIEGO Por la vista arroja rayos.
- CID. Villanos mátente, Alonso,  
villanos que non fidalgos  
de las Astúrias de Oviedo,  
que no sean castellanos;  
con cuchillos montañeses,  
no con puñales dorados,  
abarcas traigan calzadas,  
y no zapatos de lazo;  
capas traigan aguaderas,  
no de contray delicado:

y sáquente el corazón  
 por el siniestro costado,  
 si fuiste, ni consentiste  
 en la muerte de tu hermano.  
 ¿Júraslo así?

REY. Así lo juro:  
 es testigo el cielo santo.

CID. Mueras de su misma muerte,  
 de otro Bellido pasado  
 de las espaldas al pecho  
 con un agudo venablo,  
 si mandaste, si supiste  
 en la muerte de D. Sancho;  
 y dí: amen.

REY. Amen digo.

CID. Pon en la espada la mano.  
 Jura á fe de caballero,  
 que no has hecho ni ordenado,  
 ni aun con solo el pensamiento,  
 la muerte que lloran tantos.  
 ¿Júraslo así?

REY. Así lo juro;  
 y, Cid, de un Rey á un vasallo  
 ya es ese poco respeto,  
 y ya es esto mucho enfado.  
 Mucho me aprietas, Rodrigo.  
 ¿Es bien que te atrevas tanto  
 á quien despues de rodillas  
 has de besarle la mano?

CID. Eso será. si me quedo  
 á ser tu vasallo.

REY. Y cuando  
 no lo seas, ¿qué me importa?  
 Y no me respondas.

CID. Callo,  
 y voyme...

REY. Vete, ¿qué esperas?

CID. Donde el valor de mis brazos  
 venza reyes, gane reinos.

DIEGO. El Cid sa parte enoiado.

- ARIAS. Colérico el Rey le mira.  
(Salen doña Urraca y Zaida vestida como cristiana.)
- URRACA. ¿Dónde vas, Cid castellano?  
¿Dónde vas, Rodrigo fuerte,  
tan compuesto y tan airado?
- CID. Voy, Infanta, voy, señora,  
á dejar de ser vasallo  
de un Rey que me estima poco.
- URRACA. Debes de haberte engañado,  
vuelve, acompáñame á mí.
- CID. Pues lo mandas, ya lo hago.
- ARIAS. Mira, señor, que te importa  
ahora desenojarlo, (Al oído.)  
hasta tener la corona.
- REY. En viendo á mis ojos claros,  
se me ha quitado el enojo:  
Vuelve. Cid, que de tu mano  
quiero la corona yo.
- CID. Ya de servirte me encargo.  
¿Jurais al famoso Alonso  
por vuestro Rey?
- TODOS. Si juramos.
- CID. Yo le obedezco el primero.
- REY. Y yo te doy mis abrazos.
- URRACA. Y nosotras á tus piés  
mil parabienes te damos.
- ZAIDA. Ya de Zaida soy María.
- REY. Y ya te estaba esperando  
la mitad de mi corona;  
toma de esposo la mano.
- ZAIDA. Tu dichosa esposa soy.
- URRACA. Guárdeos el cielo mil años:
- CID. Y aquí pidiendo perdon  
fin á la comedia damos.

FIN.—



# INDICE.

---

Páginas.

Advertencia. . . . .	3
Jornada primera. . . . .	5
Jornada segunda. . . . .	23
Jornada tercera. . . . .	61

---



PULIZH N. 17667

